10153

Servicio obligatorio

Pina

15

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

SERVICIO OBLIGATORIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

por

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

Sr. Fuentes

DIC 97

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1894

SERVICIO OBLIGATORIO

SERVICIO OBLIGATORIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

por

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 15 de Octubre de 1894.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1894

PERSONAJES		ACTORES
ÁNGELA	Sra.	Cobeñas (C.)
MARÍA	»	Ruiz.
CARLOTA	»	Cancio.
ADRIANA	»	Cobeñas (F.)
AUGUSTO	Sr.	Thuillier.
GREGORIO	»	Mario.
CAPITÁN	»	Cepillo.
JULIO	»	Balaguer.
NARCISO	»	García Ortega.
CELESTINO	»	Lacalle.
LEDOUX	»	Valentín.
COMANDANTE	»	Cirera.
JOSÉ	»	Urquijo.
SARGENTO	»	Martínez.
EL PRÍNCIPE DE NIZA	»	Quirós.
CABO	»	Cerro.
LAVALANCHE	»	Povedano.
BERTELIER	»	Romea.
PINCÓN	»	Santés.
GENDARME 1.°	»	Delgado.
PLANCHETE	»	Monreal.
PELUQUERO	»	García.
UN CRIADO	»	Jiménez.

Reservistas y Territoriales.

Esta obra es propiedad de D. IGNACIO ELIAS Y D. MARIANO PINA DOMINGUEZ, y nadie podrá, sin permiso de dichos señores, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los propietarios se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á EMILIO THUILLIER

¿Recuerda usted, querido amigo, el estreno de *La Taberna* en Novedades? En esta obra, arreglada por mí, á la escena española, hizo usted ante el público sus primeras armas, representando el papel de *Un Camarero*. Ese fué su *debut*. Y usted que siempre se preció de pulcro y elegante, vistió el tal personaje de tiros largos, luciendo pantalón y americana á la última moda, con su correspondiente corbatita blanca.

Antes de salir, le vió á usted entre bastidores Felipe Ducazcal, y al contemplarle tan fino y atildado, le preguntó:

—¿Qué hace usted en este acto?

—¡Un camarero!

—¿De dónde?

—¿Cómo de dónde?

—¿Qué dónde sirve usted?

—En un merendero cerca del Manzanares.

—¿Y los mozos de los merenderos, se visten así? ¡Ni que estuviera usted en Fornos! ¡Pronto! Quítese usted eso. ¡En mangas de camisa! ¡Á escape!

Y en menos de un minuto le despojó á usted de la corbata, el chaleco y la americana, dejándole como debía dejarle. Usted, todo confuso, daba sus disculpas, y Felipe, echando sapos y culebras, le volvía la espalda.

Así *debutó* también su primer traje.

Luego ascendió usted de camarero á sustituto de Gerardo Peña, y representó usted varias noches el *Germán* que éste había estrenado.

Y vea usted lo que son las casualidades. Por poco no trabaja usted en *La Taberna*, ni debuta usted en aquella época, ni sufre usted la lección de indumentaria de Felipe Ducazcal.

Porque sepa usted que *La Taberna* debió estrenarse en *La Zarzuela*, siendo empresario don Francisco Arderíus. Yo la arreglé por encargo suyo, sin acordarme para nada de *Noveda-*

673568

des, ni de Ducazcal. Antonio Vico estaba encargado del célebre protagonista de la obra, y la Mendoza Tenorio, iba á interpretar el de *Gervasia*.

Pero el tiempo corría, y la obra no se ensayaba. Y llegó el momento crítico. El momento en que el autor pierde la paciencia. Entonces fué precisamente cuando Ducazcal formó en Novedades aquella valiente compañía que tan gran éxito obtuvo por espacio de tres ó cuatro meses. Y yo abrí cada ojo como un candil, y le dije á don Francisco, ó mañana empiezan los ensayos, ó me llevo á otro barrio *La Taberna*. Pero Arderíus no quiso comprometerse hasta estrenar *La Pasionaria*, y como al día siguiente no ensayó la obra, me apresuré á entregársela á Ducazcal, que la esperaba con los brazos abiertos. De modo, que si el bueno de Arderíus se arranca por donde debió arrancarse, usted no debuta en el teatro con *Un Camarero*, ni hace luego el papel de *Germán*, ni tengo yo la satisfacción de haberle proporcionado su primer triunfo, cosa que andando el tiempo, habría sentido mucho.

En *La Taberna*, debutó usted como actor. En *Servicio obligatorio*, ha debutado usted como actor cómico. Por eso, ya que no pude dedicar á usted aquel trabajo, le dedico éste, y váyase lo uno por lo otro.

Crea usted que he quedado satisfechísimo de su flexibilidad, de su soltura, de su gracia. Crea usted que no puede hacerse mejor ese tipo de *Florimont*, que tanto le aplaude el público, y que usted borda como maestro consumado. Y crea usted que lo digo ingénuamente; sin ánimo de darle á usted un bombo, ni alhagar su amor propio. Y no soy yo sólo quien lo dice; casi toda la prensa lo ha manifestado al hablar de la ejecución de esta obra.

Reciba usted la más cumplida enhorabuena, y Dios nos conceda muchísima salud, á mí, para escribirle nuevos tipos cómicos, y á usted, para representarlos con igual éxito.

M. Pina Domínguez.

Noviembre, 1894.

1er 2 Apunte

Antonio P. Siquiñano

ACTO PRIMERO

Un estudio de pintor, todo lo más elegante posible. Puerta al foro y laterales. Caballetes. Cuadros, etc.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ; luego ÁNGELA

JOSE. (Por el foro.) Yo no sé si la señorita querrá recibirla en este instante; pero en fin, yo cumplo con decírselo. (Se dirige al primer cuarto de la izquierda y toca en la puerta. ¿Se puede?

ANGELA. (Saliendo.) ¿Qué ocurre, José?

JOSE. Dispense usted, señora. Acaba de presentarse la criada que, según parece, aguardaba usted, y solicita hablarla.

ANGELA. ¡Ah! ¡Sí! La que me recomienda mi amiga Luisa. Díla que pase. (Vase José por el foro. En seguida sale Carlota.)

ESCENA II

ÁNGELA y CARLOTA

CARLOTA. ¿Dá usted licencia?

ANGELA. Adelante.

CARLOTA. ¡Servidora de usted! ¡Muy buenos días! ¿Cómo lo pasa usted?

ANGELA. Bien, gracias.

CARLOTA. Aquí me manda doña Luisa... Ya sabe usted. La del pueblo. La mujer del boticario.

ANGELA. Sí, sí. Ayer me escribió anunciándome que vendría usted á verme. Asegura que es usted una buena muchacha, aunque algo tosca.

CARLOTA. ¿Algo qué?

ANGELA. Algo lugareña.

CARLOTA. Y qué quiere usted. ¡Nunca he salido del pueblo! ¡Allí se cría una á la buena de Dios! ¡Sin requilorios ni tonterías! Pero en cambio, para el trabajo soy un animal, mejorando lo presente, y en lo que toca á fiel, de eso no hay que hablar, sabe usted. Yo tomo mucha ley á mis amos, y soy capaz de darlo todo por ellos. ¡Pregúntele usted al boticario!... ¡Y á su mujer! ¡Y que á mí no hay que decirme las cosas! ¡Porque me desvivo por dar gusto!

ANGELA. Bien, bien. ¿Y usted qué sabe hacer?

CARLOTA. ¡Anda! Yo sé hacerlo todo...

ANGELA. En teniendo buena voluntad, pronto aprenderá usted lo que aquí necesita.

CARLOTA. ¡Eso es lo que yo digo!

ANGELA. Trataremos de cepillarla á usted un poco.

CARLOTA. No hace falta, señora, yo soy muy limpia.

ANGELA. Á ver si cuando regrese mi marido, se encuentra con una criadita distinguida.

CARLOTA. ¡Cómo! ¿No está su marido? ¿Y cuándo volverá?

ANGELA. Se marchó de París hace un mes, y le aguardo de un momento á otro.

CARLOTA. ¡Me alegro! ¡Ya tengo gana de conocerle!

ANGELA. ¿Y usted qué quiere ganar?

CARLOTA. ¡Anda! Lo que usted quiera, señorita. No reñiremos por eso. Yo, en estando comida y lavada, lo demás á gusto de los amos.

ANGELA. Entonces no hay más que hablar. Desde ahora queda usted á mi servicio.

CARLOTA. ¡Muchas gracias! No se arrepentirá usted. Yo me desvivo por mis amos. ¿Quiere usted alguna cosa? ¿Le traigo á usted otra bata?

ANGELA. ¡No, hija, no! Estoy bien así.

CARLOTA. Doña Luisa acostumbraba á cambiar de ropa dos ó tres veces al día; y el señor, en cuanto entraba en casa... el batín. Crea usted que conozco muy bien las costumbres de los señores.

ANGELA. ¡Bravo! Eso me gusta.

CARLOTA. ¡Ah! También le traigo á usted un recuerdo. Ahí fuera lo he dejado.

ANGELA. ¡Hola!

CARLOTA. ¡Una friolera! Media docenita de huevos recién puestos.

ANGELA. Gracias por el recuerdo.

CARLOTA. Ya verá usted. Parecen de pava.

ANGELA. ¿Cómo se llama usted?

CARLOTA. Carlota Blanchard.

ANGELA. (Toca el timbre y sale José.) Conduce á esta joven á la cocina, y enséñale su cuarto.

JOSE. Venga usted por aquí.

CARLOTA. Hasta luego. Estimando, señora. ¡Servidora de usted! (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA III

ÁNGELA; luego JOSÉ

ANGELA. Parece una infeliz; y si consigue desterrar ese aire de pueblo, será una criada modelo. Prefiero mil veces esta palurda á las doncellitas resabiadas de la ciudad. Todas son insolentes, falsas y desagradecidas.

JOSE. (Saliendo.) Ya dejo instalada á la doncella. ¿Quiere usted alguna otra cosa?

ANGELA. Nada, José.

JOSE. Entonces... (Va á marcharse y vuelve.) ¡Y ahora que re-

cuerdo!... No la he dicho á usted lo principal. ¡Maldita memoria! ¡Y eso que desde ayer lo tengo en la cabeza!

ANGELA. ¿Qué es ello?

JOSE. ¡Ya se ve! ¡Como todo el día anda uno tan atareado y tan... Á lo mejor se olvida de lo que no debía olvidarse!

ANGELA. ¡Bueno, bueno! ¡Acaba!

JOSE. Pues verá usted. Ayer tarde se presentó aquí un gendarme preguntando por el señorito, y diciendo que venía á llevárselo.

ANGELA. ¿Llevarse á mi marido?

JOSE. Sí señora. Usted no se hallaba en casa y... es claro. Yo no supe qué diablo contestar. Y el gendarme quedó en volver hoy mismo.

ANGELA. ¡No comprendo!

JOSE. ¡Bah! Muy sencillo. El señorito es territorial y está obligado á pasar sus trece días en el cuartel. Yo no sé cómo el señorito sigue viajando sin acordarse de una cosa tan grave.

ANGELA. ¿Qué escucho? ¡Mi marido! ¿Uno de los primeros pintores de Europa obligado á pasar trece días en el cuartel, como si se tratase de cualquier pelafustán?

JOSE. La ley es igual para todos. Y cuenta que según dijo el gendarme, el señorito debió presentarse hace tres días, por lo cual es probable que sufra el castigo correspondiente.

ANGELA. ¡Qué indignidad! Pronto, José. Ve corriendo á la oficina central de esos gendarmes, y dí que mi esposo no se halla en París. Que emprendió hace tiempo una excursión artística, y que hasta su regreso no podrá presentarse en el cuartel. Que lo siento mucho, pero que es imposible.

JOSE. ¿Y cree usted que admitirán semejante disculpa? La milicia es rígida y severa, y no hay excusa que valga para la ordenanza.

ANGELA. Haz lo que te digo, y no repliques.

JOSE. Será inútil, señora.

ANGELA. ¡Calla y obedece!... ¡Ah! (Asaltada por una idea.)

JOSE. Diga usted.

ANGELA. Conozco mucho á la mujer de un general, que vive en una quinta cercana. Dos horas de coche y asunto terminado. Voy en seguida; le cuento el hecho y hago que su marido arregle el asunto. Sí, sí. El general estima bastante á mi esposo y admira su talento y su gran renombre.

JOSE. No es mala idea.

ANGELA. Pero ve donde acabo de indicarte y haz constar que tu señorito no está en París. Con eso no perdemos nada.

JOSE. Corriente. (Vase por el foro.)

ANGELA. Voy á arreglarme un poco para marchar á la quinta. Es necesario impedir que mi pobrecito Julio sufra cualquier disgusto. Por ahorrárselo, sería capaz de todo.

ESCENA IV

DICHOS y JOSÉ; luego AUGUSTO

JOSE. ¡Señorita!

ANGELA. ¿Qué ocurre?

JOSE. Un joven pregunta por usted.

ANGELA. ¿Un joven?

JOSE. Me ha dado su tarjeta. (Le da una.)

ANGELA. «Augusto Florimont».—(¡Qué veo! ¡Augusto! ¡Y tiene la osadía de venir á mi casa!)

JOSE. ¿Le digo que pase?

ANGELA. ¡Al contrario! Dí que no estoy, que no recibo... que... (José da varios pasos.) ¡Aguarda! (Sería muy capaz de volver y concluiría por llamar la atención...)

JOSE. ¿Le digo que se marche?

ANGELA. ¡No! Díle que pase. (Prefiero acabar de una vez.)

JOSE. En seguida. (Vase por el foro.)

ESCENA V

ANGELA y AUGUSTO

AUG. ¿Se puede?

ANGELA. ¿Usted... en mi casa?

AUG. ¡En el estudio de su marido! ¡Cualquiera puede visitar un estudio! Óigame usted un momento y la diré...

ANGELA. ¡Basta, caballero! ¡Su conducta es indigna! Usted prometió olvidarme; no verme más... y creo que después de lo ocurrido, debía usted cumplir fielmente su promesa.

AUG. Si usted me permite...

ANGELA. Pero usted por lo visto se propone comprometerme á cada paso... ¿No es verdad?

AUG. Permítame usted decirla...

ANGELA. ¿El qué? Vamos á ver. Hable usted y concluyamos.

AUG. La suplico á usted que me escuche con calma. Entre nosotros hay pendiente una historia originalísima, cuyo desenlace vengo á contar á usted. Para ello necesito recordar ciertos hechos...

ANGELA. ¡Abrevie usted! ¡Abrevie usted!

AUG. Conste, ante todo, que yo ignoraba que fuese usted casada. Que nunca la había visto en paseo con su esposo, al cual ni siquiera conozco personalmente. Que me gustaba usted muchísimo, y que estaba decidido á quererla con toda mi alma.

ANGELA. ¡Abrevie usted!

AUG. ¿Qué mal hay en esto? Ninguno. ¡Confiese usted que no hay ningún mal! ¿Me permite usted sentarme?

ANGELA. ¡Qué pesadez!

AUG. Muchas gracias. (Se sientan.) Hace ocho días, la casualidad nos reune en un coche de primera del ferrocarril de París al Havre. Yo iba á este último punto. Usted debía detenerse en Ruén, para... ¿Para qué iba usted á Ruén?

ANGELA. Para un asunto de familia.

AUG. Verla á usted en aquel coche, y ver para mí abierto el Paraíso terrenal, fué una misma cosa.

ANGELA. Empezó usted á importunarme sin hacer caso de mi desvío, ni de mi indiferencia.

AUG. Pero al fin venció mi voluntad, y entablamos un diálogo amistoso, que todavía repercute en mi corazón. Usted depuso su ceño...

ANGELA. ¡Y me reí de usted lindamente!

AUG. Es verdad. Fué usted burlándose de mí á todo vapor lo menos sesenta kilómetros. El tren se detiene veinte minutos. Parada y fonda. La ofrezco á usted mi brazo y entramos en el restaurant.

ANGELA. Recuerde usted que me resistí á complacerle.

AUG. Pero yo no hice caso y la seguí á usted, sentándome á su lado, en una mesita separada, que repercute aquí todavía.

ANGELA. ¿La mesita también?

AUG. Usted pidió una sopa, y yo otra.

ANGELA. ¡Acabemos!

AUG. Bueno. Llegamos al postre. De pronto, un nuevo tren entra en la estación y otra nube de viajeros en el restaurant. Recuerdo que en aquel momento estaba ofreciéndola á usted una sardina, cuando lanza usted un grito y oigo decir: ¡Sobrino de mi alma! sintiéndome cogido entre los brazos de un caballero.

ANGELA. ¡Eso es! Mi tío, que acababa de distinguirnos y me reconoció.

AUG. Su tío de usted, que creyéndome su marido me abrazaba frenético.

ANGELA. ¡Naturalmente! Mi tío no conoce á mi esposo, y al vernos allí, almorzando solitos, le tomó á usted por él.

AUG. ¿Y á quién se le ocurre, señora, casarse con un hombre á quien su tío no conoce?

ANGELA. ¿Y á quién se le ocurre, caballero, contestar con otro abrazo, exclamando:—¡Tío de mi corazón!

AUG. Fué un movimiento involuntario.

ANGELA. No señor. Una imprudencia incalificable. Yo no sa-

bía qué hacer. La sorpresa aumentó mi turbación.

AUG. Y el tío, sin darnos tiempo para reflexionar, llamaba á su mujer, á su hija y á su yerno, gritando como un loco: ¡Venir! ¡Aquí están Ángela y su marido Champignol! ¡Al fin vais á conocerle! Nuevos abrazos, nuevos apretones, y cátame Champignol, á pesar mío, y cátese usted mi esposa sin comerlo ni beberlo. Es decir, comiendo y bebiendo. ¿Por qué demonio no lo explicó usted todo?

ANGELA. Porque temí, como era natural, que se hicieran suposiciones equívocas sobre mi conducta. Además, mi tío y sus hijos regresaban al pueblo, donde siempre habitan, y como nunca vienen á París, supuse que no volveríamos á vernos.

AUG. ¡Sí, sí! Ya nos dijeron que aquel viaje era un viaje de novios, porque su hija acababa de casarse.

ANGELA. Una vez lanzados, continuamos la farsa.

AUG. ¡Naturalmente! ¡Era tan dulce para mí! ¡Pasar por su marido! ¡Cuándo se presentaría otra ocasión!

ANGELA. ¡Caballero!

AUG. En fin; la campana llama á los viajeros. Su tío de usted vuelve á abrazarme y todos se despiden para el pueblo. Usted llega á Ruén, y furiosa todavía por lo que acaba de ocurrir, me desahucia en absoluto, exigiéndome una eterna separación. Yo continúo mi viaje al Havre y... fin de la primera parte de la historia.

ANGELA. Pues explique usted la segunda y márchese usted.

AUG. Muy sencillo: Al regresar á París y enterarme secretamente de que se hallaba usted sola, de que su ilustre esposo viajaba no sé por dónde, y de que la ocasión era oportuna para visitar á usted sin comprometerla, me dije: aprovechemos la ocasión.

ANGELA. ¿Eh?

AUG. Aprovechémosla para pedirla mil veces perdón por mi pasada ligereza, y para darla una noticia que de seguro acabará de tranquilizarla.

ANGELA. ¿Qué noticia es esa?

AUG. Me caso, señora.

ANGELA. ¿Y á mí qué me importa?

AUG. Me caso con una joven que deben presentarme mañana por la noche en el pueblecito inmediato de Clermont. Se llama Adriana Rivolet, y me aseguran que es un dechado de hermosura y de virtud.

ANGELA. ¿Y era esa la noticia que debía interesarme?

AUG. ¡Claro está! Mi decisión es la prueba más patente del respeto que usted me inspira, y la mejor garantía que puedo dar á usted con respecto á mis intenciones. Usted es buena, es honrada; usted adora á su esposo... al otro, al legítimo, y yo sería un mal nacido si no viniese á ofrecer á usted mi amistad franca y leal, y á suplicarla que no guarde de lo pasado un recuerdo enojoso.

ANGELA. ¡Ah! Celebro en el alma esa decisión caballeresca.

AUG. Me parece que después de haber sido su esposo de usted por espacio de veinte minutos, tenía cierto derecho á dar á usted esta explicación.

ANGELA. (Riendo.) ¡En verdad que la aventura fué chistosa!

AUG. ¡Chistosísima! ¡Já, já, já! Y el hecho es que el tío quedó encantado. Le fuí muy simpático, créalo usted.

ANGELA. ¡Oh! ¡Si algún día descubrieran la farsa!... ¡Él tan severo... tan rígido!... La bromita me costaría muy cara.

AUG. Se comprende.

ANGELA. Figúrese usted las suposiciones que haría de mi conducta. ¡Vaya usted á probarle nuestra inocencia!

AUG. ¿Conque quedamos amigos?

ANGELA. Despidiéndonos para siempre.

AUG. Si alguna vez necesita usted de mí, no habrá sacrificio humano que me acobarde.

ANGELA. Gracias... gracias... pero márchese usted.

AUG. Y quiera el cielo que la joven con quien voy á casarme, se parezca á usted en lo moral, siendo digna compañera de su cónyuge.

ANGELA. ¡Bueno! ¡Márchese usted!

AUG. ¡Adiós, señora! ¡Y mil felicidades! (Vase.)

ANGELA. ¡Gracias! Beso á usted la mano.

ESCENA VI

ÁNGELA

¡Uf! ¡Al fin tomó la puerta! Después de todo, es un infeliz. ¡Vaya, vaya! Voy á vestirme para ir corriendo á la quinta. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA VII

AUGUSTO, GREGORIO y MARÍA; NARCISO, por el foro con maletas y mantas de viaje.

GREG. (Dentro.) ¡Sobrino de mi alma! ¡Adentro! ¡Adentro!

AUG. (Saliendo á escena muy asustado.) (¡El tío! ¡El tío de la estación!

GREG. (Saliendo seguido de María y Narciso.) ¡Venga otro abrazo! (Abraza á Augusto.)

NARCISO. ¡Y otro á tu primo! (Idem.)

MARIA. ¡Y á tu prima también! (Idem.)

AUG. (¡María Santísima!)

GREG. No nos esperabas, ¿eh?

NARCISO. ¿A que no nos esperabas?

AUG. ¡Quiá! ¡Ni por asomo!

GREG. ¡Como que no salimos jamás del pueblo!

AUG. De veras, ¿eh? Pues nadie lo diría.

GREG. ¡Nunca! Menos ahora.

AUG. ¡Qué casualidad!

GREG. Figúrate que al llegar á casa después de despedirnos en aquélla estación donde tuve la dicha de hallarte con tu mujercita, nos encontramos con que Narciso debía trasladarse á Clermont en calidad de reservista, para incorporarse á su regimiento.

NARCISO. Por espacio de veintiocho días.

GREG. ¡Veintiocho días separado de su mujer!... Y se casó hace quince... ¡Imposible!

NARCISO. ¡Imposible de todo punto!

GREG. ¿Qué hacer? ¿Cómo evitar semejante separación.

MARIA. Entonces se me ocurrió una idea.

GREG. ¡Justo! La idea fué de la niña.

MARIA. ¡Donde vaya mi marido, allí voy yo!

GREG. ¿Qué tal? Si tiene la idea miga, ¿eh?

NARCISO. Yo la dí un abrazo por toda respuesta. (Abrazándola.)

GREG. (Aparte á Augusto.) No pierde ripio. Son dos tórtolos.

AUG. Ya lo veo, ya.

GREG. Una vez resuelto el viaje, yo no podía quedarme solo. La soledad me entristece mucho, por lo cual decidimos marcharnos los tres á Clermont.

NARCISO. En calidad de reservistas.

AUG. ¡Tiene gracia!

GREG. Al pasar por aquí, claro está que debíamos visitaros, pero conste que sólo disponemos de una hora. El tren de Clermont sale á las doce en punto.

AUG. ¡Ah! ¿Se marchan ustedes dentro de una hora? (Muy alegre.)

GREG. Comprendo tu dolor, pero no nos obligues á quedarnos más tiempo, porque no podemos complacerte.

AUG. ¡No! ¡Pierda usted cuidado! El deber ante todo. Y yo creo que lo mejor sería dar por ahí una vuelta. Vámonos tío, vámonos.

GREG. ¡Qué locura! ¡Marcharnos sin abrazar á tu mujer!

MARIA. ¿En dónde está?

AUG. ¿Quién? ¡Ah, sí! Debe estar acostada.

GREG. ¿Acostada?

AUG. Sí, señor. Se sintió enferma hace rato, y ella, en cuanto se siente enferma, á la cama.

GREG. ¿Qué tiene?

MARIA. ¿Es algo grave?

AUG. ¡Qué se yo! Mareos, náuseas, dolor de cabeza... (Yo no sé lo que digo.)

GREG. ¿Mareos y náuseas?... ¡Ah, picarón!... ¡Que sea enhorabuena! (Aparte, dándole la mano.)

AUG. ¿Eh? (¡Qué atrocidad!)

GREG. ¡Bien, bien! Hay que avisarla. (Llamando.) ¡Chica! Su-

pongo que tendréis alguna doncella. (Gritando.) ¡Muchacha!

AUG. (¡Vive Cristo!)

ESCENA VIII

DICHOS; CARLOTA, por el foro.

CARLOTA. ¿Es á mí? ¡Calla! ¡Cuánta gente!

GREG. Vaya usted, y dígala usted á la señora, de parte de su esposo, (Señalando á Augusto.) que unos forasteros desean verla.

CARLOTA. ¿Cómo? ¿Es usted el esposo de la señorita?

GREG. ¡Naturalmente! ¿No lo conoce usted?

CARLOTA. No, señor. Si yo acabo de entrar en la casa hace media hora. Pero ya me dijo la señorita que le esperaba á usted de un momento á otro. ¡Vaya, vaya! ¿Y qué tal? ¿Cómo está usted?

AUG. (¡Duro, duro!)

CARLOTA. ¿Quiere usted que le traiga el batín?

AUG. ¡No! No traiga usted el batín.

GREG. Por nosotros, no te violentes.

NARCISO. Nada de etiquetas, ¿eh?

GREG. Traiga usted el batín; ande usted.

CARLOTA. ¡Pues apenas sé yo servir á los amos! ¡Ah! Diga usted, ¿por dónde se va á su habitación? No conozco todavía la casa.

AUG. ¡Ni yo tampoco!

CARLOTA. ¡Aguarde usted! Ya daré con ella. No se moleste usted. ¡Pues poquito que sé yo servir y que conozco las costumbres!... (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA IX

DICHOS menos CARLOTA; luego ANGELA

AUG. (¡Maldita sea tu estampa!)

ANGELA. (Por la primera de la izquierda. Sale vestida para ir á la calle, y con el sombrero en la mano.) ¿Quién habla por aquí?

GREG. ¡Sobrina!

MARIA. ¡Angelita!

AUG. (¡El trueno gordo!)

ANGELA. ¡Gran Dios! ¡Mi tío!

GREG. ¡El mismo! ¡Venga un abrazo!

ANGELA. ¿Qué significa esto? (A Augusto.)

AUG. Muy sencillo. Yo iba á salir, y al abrir la puerta... ¡zás! la familia en masa.

GREG. El muy tunantón quería escurrirse; pero le hemos obligado á retroceder.

NARCISO. Qué sorpresa, ¿eh?

MARIA. Figúrate que mi marido se marcha á Clermont dentro de una hora para hacer sus ventiocho días.

NARCISO. En calidad de reservista.

GREG. Y la niña no quiere abandonarle.

MARIA. ¡Yo no me separo de mi Narciso!

NARCISO. (Abrazándola.) ¡Angel adorado!

GREG. (A Angela.) Así están siempre. Son dos tórtolos.

MARIA. Papá no podía quedarse solo; por manera que decidimos marcharnos los tres á Clermont...

GREG. Y detenernos una hora en París, con objeto de pasarla á vuestro lado.

ANGELA. ¡Una hora nada más! (Muy alegre.)

GREG. Comprendo tu dolor: pero no podemos consagraros más tiempo. Y á propósito: ¿Cómo van esos mareos?

ANGELA. ¿Qué mareos?

GREG. Los tuyos.

MARIA. Champignol nos ha dicho que te habías acostado.

GREG. Y según veo, ibas á la calle.

ANGELA. ¡Cómo! (A Augusto.) Usted á dicho... Digo, tú has dicho...

AUG. ¡Cabal ¡Eso es! Yo he dicho que...

GREG. ¡Vaya, vaya! No disimules. ¡Estoy en autos! ¡Que sea enhorabuena!

ANGELA. (No entiendo una palabra.)

GREG. ¡Magnífico estudio!

NARCISO. ¿Trabajas mucho, primo?

MARIA. ¿Qué pintas ahora?

AUG. (¿Si supieras lo que aquí pinto?) ¡Pues ya lo ves!

GREG. ¡Con cuánto gozo os sorprendí hace ocho días en aquel rinconcito del restaurant! En cuanto entré, distinguí á mi sobrina.

MARIA. Y yo preguntaba á papá: ¿Será ese Champignol?

GREG. ¿Pues quién había de ser? ¿Iba mi sobrina á viajar solita con un joven, y á almorzar públicamente á su lado? ¿Verdad que tal suposición habría sido injuriosa? (A Angela.)

ANGELA. ¡En efecto! (Digo, ¿eh?)

GREG. Y además, su aire no podía engañarme. ¡Porque tienes aire de artista! ¡Eso se ve enseguida! ¡Hueles á pintor!

AUG. ¿Sí? (¡Valiente olfato te ha dado Dios!)

ESCENA X

DICHOS y CARLOTA

CARLOTA. (Por la primera de la derecha, con un batín.) Aquí está el batín, al cabo lo encontré.

AUG. Llévese usted eso.

ANGELA. (¡El batín de Julio!)

GREG. O nos tratas con franqueza, ó nos marchamos.

NARCISO. ¡A ponerse el batín en seguida!

GREG. (Obligándole á quitarse la levita.) No hay que prescindir de la costumbre.

NARCISO. (Idem.) ¡Pues no faltaba más!

AUG. (¡No hay remedio! ¡Me desnudan!) (Durante estas réplicas, Carlota cogió las maletas y mantas que dejaron en escena Gregorio, Narciso y María, y las metió en el segundo cuarto de la derecha, saliendo en seguida á escena. Augusto se pone el batín, que deberá estarle muy ancho ó muy estrecho, según sea la figura del actor encargado del papel de Julio.)

GREG. ¡Ajajá! ¡O estás ó no estás en tu casa!

CARLOTA. (Cogiendo la levita de Augusto.) Voy á cepillar esta prenda.

AUG. No hace falta. Traiga usted.

CARLOTA. ¡Si está blanca de polvo! Yo se la colgaré á usted en

la percha! Conozco muy bien las costumbres. (Vase por la primera de la derecha, llevándose la levita.)

ESCENA XI

DICHOS menos CARLOTA

ANGELA. (Aparte á Augusto.) ¡Esto es inícuo, caballero!

AUG. (Idem.) ¡Inícuo... y estrecho! (Señalando el batín. Si el batín es ancho, dirá: «Inícuo, y muy ancho.»)

ANGELA. Y ahora, querido tío, me parece que debíamos irnos á la estación.

GREG. ¿Tan pronto? ¡Qué disparate!

MARIA. De ninguna manera.

NARCISO. Lo que desearíamos, ante todo, es cepillarnos un poco.

GREG. ¡Sí! Dices bien. ¿Dónde está el tocador?

ANGELA. Vengan ustedes.

GREG. ¡Poco á poco! ¡Tú, aquí quietecita!

ANGELA. ¡Pero tío!

GREG. ¡Nada, nada! ¡No te agites! ¡Podría resultar algo grave!

ANGELA. ¡Qué tontería!

GREG. Tu esposo nos guiará... ¡No te muevas! ¡Llévanos al tocador! (A Augusto.)

NARCISO. ¡Andando!

AUG. ¡Con mucho gusto! (¿Dónde estará el tocador?)

MARIA. ¿Es por este lado? (Señalando á la derecha.)

AUG. Sí, señora.

ANGELA. (Indicando la izquierda.) Por allí.

AUG. ¡Digo, no señora!...

GREG. ¡Vamos, vamos!

MARIA. Iremos delante.

GREG. (A Angela.) Volvemos en seguida.

AUG. (¡En buen berengenal nos hemos metido!) (Vanse por la primera de la izquierda.)

FSCENA XII

ÁNGELA; luego JOSÉ

ANGELA. ¡Malhaya la ocurrencia! ¡El diablo, sin duda, lo enredó todo! Hasta que se marchen, estaré con el alma en un hilo.

JOSE. (Por el foro.) Ya despaché el recado.

ANGELA. ¿Eres tú, José?

JOSE. He visto á los gendarmes, y me han dicho lo que yo sospechaba.

ANGELA. Veamos.

JOSE. Que, ó se presenta hoy mismo el señorito en el cuartel, ó lo dan por prófugo, y en cuanto lo cojan, lo dividen.

ANGELA. ¡Dios mío!

JOSE. ¡Con la milicia no se juega! Créame usted, señora. Avise usted por telégrafo al amo.

ANGELA. ¿Avisarle? ¡Sé yo acaso en dónde se halla! Salió de París hace un mes diciéndome que iba á recorrer varios puntos de Italia, y en su última carta, fechada en Milán sólo me anunciaba su salida de esta ciudad, sin indicarme dónde se dirigía.

JOSE. ¡Pues lo dividen, señorita!

ANGELA. Corre, José, corre otra vez á decirles que mi esposo estará aquí mañana. ¡Ganaremos un día siquiera!

JOSE. Y usted, mientras, habla con su amiga la del general.

ANGELA. Ahora mismo voy á la quinta.

JOSE. Bueno. Y yo, á dar el recado. (Vase por el foro.)

ESCENA XIII

ÁNGELA y AUGUSTO; luego GREGORIO, NARCISO y MARIA

AUG. (Saliendo por la izquierda.) Los dejo en el tocador, y me marcho á escape. (Poniéndose el sombrero.)

ANGELA. ¡Sí, sí! ¡Márchese usted!

GREG. (Aparece en la puerta.) ¡Eh! ¡Muchacho! ¿Dónde vas? (Salen á escena todos.)

AUG. (¡Me pescó!) Con permiso de usted. Tengo una cita importantísima...

NARCISO. ¿Y te marchas en ese traje? ¡Já, já!

AUG. (¡Demonio! ¡Es verdad!) ¡~~Chica! ¡Mi levita~~! (Suena la campanilla.) ¿Eh? ¿Quién llama? (Aterrado, y Angela lo mismo.)

ANGELA. (¡Estoy muerta de miedo!)

AUG. (¡No me llega la camisa al cuerpo!)

ESCENA XIV

DICHOS y CARLOTA; EL CAPITÁN y ADRIANA, por el foro.

CARLOTA. ¡Pasen ustedes! Aquel caballero es el señor Champignol. (Señalando á Augusto. Vase Carlota.)

ANGELA. (¡Otra vez!)

AUG. (¡Anda morena!)

CAPITAN. Celebro en el alma conocer á usted. (A Augusto.)

AUG. Mil gracias.

CAPITAN. ¡Señores...! (Saludando, y fijándose en Angela.) ¿Es quizás su esposa de usted? (A Augusto.)

AUG. ¡Quizás, sí señor!

CAPITAN. Tengo un placer... Permítanme ustedes presentarle á mi sobrina.

ADRIANA. (A Augusto.) ¡Servidora!

CAPITAN. ¡Delira por los pintores!

ADRIANA. ¡Oh! ¡El arte pictórico es el arte divino! ¡Apeles brilla en su celeste Olimpo sobre todos los dioses!

CAPITAN. Ya lo oyen ustedes. (Todos se sientan.)

AUG. ¡Hola, hola!

ANGELA. ¡Dispense usted, caballero! Desearíamos saber...

CAPITAN. ¡Es muy justo! (Presentándose.) El Capitán Camaret del ciento setenta y cinco de línea.

NARCISO. ¿Qué oigo? ¿Acantonado en Clermont? (Levantándose.)

CAPITAN. En efecto.

NARCISO. Entonces, Capitán, ¡es usted mi capitán!

CAPITAN. ¿Cómo es eso?

GREG. ¿Tu capitán?

NARCISO. Sí, señor. Pertenezco á su regimiento.

CAPITAN. ¡Ah! ¿Es usted quizás reservista?

NARCISO. ¡Justamente! (Se vuelve á sentar.)

CAPITAN. ¡Cuánto lo celebro!

MARIA. ¡Qué casualidad tan agradable! ¡Ay, señor Capitán! Se le recomiendo á usted. Es mi marido. (Se levanta para decir esto.)

CAPITAN. ¿Su marido?

MARIA. ¡Desde hace quince días! (Se vuelve á sentar.)

GREG. (Levantándose.) ¡Se hallan en plena luna! ¡Son dos tórtolos! Permítame usted, señor Capitán, unir mis ruegos á los de la niña. Yo soy su padre. Padre de la niña. Servidor de usted, Gregorio Chamel... (Dándole la mano.) tío político de Champignol.

CAPITAN. ¡Ah! ¡Tío de Champignol!

GREG. Narciso, como ve usted, es algo delicado, y si pudiese usted suavizar en lo posible su servicio... (Se sienta.)

CAPITAN. ¡Quién lo duda!

MARIA. Sobre todo, que no haga guardias, y que se acueste temprano.

CAPITAN. Bien, bien. Cuente usted con mi protección.

NARCISO. ¡Gracias, Capitán!

ANGELA. Dispense usted, pero si quisiera decirnos el objeto de su visita...

CAPITAN. ¡A eso voy, señora! Mi visita tiene por objeto dirigir una súplica al señor Champignol. ¡La celebridad de su esposo de usted, es universal!

ANGELA. ¡Oh!

CAPITAN. ¡No soy yo quien lo afirma! ¡Es todo el mundo! ¿Verdad?

AUG. Mucha verdad. No puedo negarlo.

CAPITAN. Pues bien: mi ambición se cifra en que retrate usted á mi sobrina.

AUG. ¿Yo? (Levantándose.)

CAPITAN. Debo advertir á usted, que dentro de poco, tendré que separarme de ella, porque pienso casarla.

MARIA. (A Adriana.) ¡Ah! ¿Va usted á casarse?

ADRIANA. ¡Así parece!

CAPITAN. Un matrimonio de conveniencia. Todavía no conoce á su futuro, pero nos lo presentarán en breve.

ADRIANA. (Aparte á María.) Será inútil, porque alimento otras ideas en lo profundo de mi sér.

MARIA. ¡Ah!

ADRIANA. ¡Chist! ¡Silencio! (Suena la campanilla.)

AUG. ¡Llaman otra vez!

ANGELA. (¡No acabaremos nunca!)

CAPITAN. Debe ser mi hijo. Le dije que se reuniese aquí con nosotros. Tiene muchos deseos de visitar este estudio!

ESCENA XV

DICHOS; CELESTINO, por el foro.

CEL. ¿Se puede?

CAPITAN. ¡Él es! Pasa, Celestino. (Se levantan todos.)

CEL. ¡Servidor de ustedes! (Mirando el estudio.) ¡Oh! ¡Soberbio! ¡Magnífico! (Al andar de espaldas, tropieza con María.) ¡Dispense usted, señora!

ADRIANA. ¿Por qué has tardado tanto, primo mío?

CEL. Tuve que hacer unos encargos...

ADRIANA. (Aparte á María.) Es muy guapo, ¿verdad?

MARIA. El primito, ¿eh? (Vamos, ya comprendo la idea profunda de su sér.)

AUG. Agradezco á usted, caballero, (Al Capitán.) la distinción conque me favorece; pero tengo hoy por hoy tantos compromisos, que.....

CAPITAN. ¡Bah! Un sencillo retrato. Con tal que se parezca...

AUG. ¡Imposible!

CAPITAN. ¡Cómo! ¿No puede parecerse?

AUG. Digo que me falta tiempo para...

CAPITAN. ¡Diablo, diablo! ¡Y yo que pensaba retratarme también!

AUG. ¿Usted también? ¡Qué atrocidad!

CAPITAN. En fin, si no puede ser hoy, indíqueme usted una fecha. Tomaremos turno.

AUG. Eso es otra cosa. Verá usted. ¿A cómo estamos?

CAPITAN. ¿A cómo estamos, Celestino?

CEL. ~~Yo creo que estamos~~ á tres.

GREG. ¿A tres? Aguarde usted.

MARIA. A cuatro, papá. Hoy hace los quince de mi boda.

GREG. Entonces, no marra. Lleva la cuenta exacta.

AUG. ¿A cuatro de Abril? Bueno: pues vuelva usted el cuatro de Marzo por la tarde.

CAPITAN. ¿El cuatro de Marzo?

AUG. ¡Sí! del año noventa y ~~siete~~.

CAPITAN. ¡Hombre, qué bromista! ¡Já, já, já!

CEL. ¡Qué bromista!

AUG. ¡Mucho! (¡No es mala broma la que estoy pasando!)

CAPITAN. ¡Corriente! Volveremos... pero no el noventa y ~~siete~~. Ya hará usted lo posible por acortar el plazo.

AUG. Procuraré hacerlo, Capitán.

CAPITAN. (A Angela.) Señora, he tenido un placer...

ANGELA. ¡Mil gracias!

MARIA. No olvide usted á mi recomendado.

CAPITAN. No lo olvidaré.

NARCISO. ¡Hasta la vista, Capitán!

ADRIANA. ¡Servidora! (Todos acompañan al Capitán hasta el foro, despidiéndose y hablando á un tiempo.)

ESCENA XVI

MARÍA, ÁNGELA, GREGORIO, NARCISO y AUGUSTO

GREG. ¡Qué hombre tan simpático!

MARIA. (A Narciso.) Ya puedes alegrarte. Mira tú por dónde vas á hacer lo que quieras en el cantón.

NARCISO. ¡Toma, toma! ¡Como que tengo el padre alcalde!

ANGELA. Vaya, márchense ustedes, no pierdan el tren.

GREG. Sí, sí: más vale aguardar en la estación. Pero vosotros no os molestéis: quietecitos aquí.

AUG. Aunque quisiera, no puedo acompañarlos. Estoy tan ocupado...

GREG. Repito que no os molestéis. ¿Donde han puesto las maletas?

MARIA. Aquí dentro, papá. (Vase por la segunda de la derecha.)

NARCISO. Aguarda; tengo que arreglar bien la manta. (Idem.)

GREG. ¡No pierden ripio! ¡Si supiérais cuánto deploro el marcharme tan pronto!

AUG. (Obligándole á entrar en el segundo cuarto de la derecha.) ¡Vaya usted por las maletas; vaya usted en seguida!

ESCENA XVII

AUGUSTO y ÁNGELA

ANGELA. ¡Ay! ¡Gracias á Dios! Ahora le toca á usted. Póngase la levita. Allí debe hallarse. (En la primera de la derecha.)

AUG. Despacho en un verbo. (Vase por la primera de la derecha.)

ANGELA. ¡Valiente ratito estoy pasando!

ESCENA XVIII

ÁNGELA, CARLOTA y DOS GENDARMES

CARLOTA. (A los gendarmes.) Pasen ustedes. Ahí está la señora. (Vase.)

GEND. 1.° Estimando.

ANGELA. ¡Eh! ¿A quién buscan ustedes?

GEND. 1.° (Se acerca. El 2.° se queda en el foro.) Buscamos al territorial Julio Champignol.

ANGELA. ¡Mi marido!

GEND. 1.° Tengo orden de llevármelo preso.

ANGELA. ¡Cielos! ¿Prenderle? ¿Por qué?

GEND. 1.° Por desertor.

ANGELA. ¡Falso! Mi esposo no es eso; no señor.

ESCENA XIX

DICHOS; GREGORIO, MARÍA y NARCISO; luego AUGUSTO

Salen cargados con sus paquetes.

GREG. ¡Calla! ¿Gendarmes aquí?

GEND. 1.° (A Gregorio.) ¿Es usted, caballero?

GREG. ¿Quién?

GEND. 1.° Champignol.

GREG. ¿Yo? ¡Ni pensarlo!

GEND. 1.° ¿Lo niega usted?

GREG. ¡Qué lo he de negar, hombre! (Sale Augusto de levita por la primera de la derecha.) Mírelo usted: ese es Champignol.

ANGELA. (¡Oh!)

GEND. 1.° En nombre de la ley, queda usted detenido.

TODOS. ¿Detenido?

AUG. ¡A ver, á ver!... Explíquese usted.

GEND. 1.° Tengo orden de conducir á usted á su regimiento, donde debía usted haber ingresado, en calidad de territorial, desde hace tres dias.

NARCISO. ¡Cómo! ¿Eres territorial?

AUG. ¿Yo? (¡Caracoles!)

ANGELA. (¡Oh, qué idea!) (Aparte á Augusto.) No lo niegue usted.

AUG. Pero, ¡señora!

ANGELA. (Alto.) ¡Obedece, esposo mío! ¡Ya no hay remedio! (Así salvo á Julio, y ganamos tiempo.)

GEND. 1.° ¡En marcha!

AUG. ¡Ea, que no puede ser! (¡Pues me gusta la broma!)

GREG. ¡Cuidado, sobrino!

NARCISO. Mira que si no obedeces, vas á pasarlo mal.

ANGELA. (¡Ahora me las paga todas!) ¡Sí, sí: ve á tu regimiento! Lléveselo usted, gendarme.

GEND. 1.° (Cogiéndole de un brazo.) No hay que replicar.

GEND. 2.° (Se acerca y le coge del otro brazo.) ¡Deprisita! ¡A Clermont!

TODOS. ¿A Clermont?

AUG. ¡Mil rayos! ¡Esto es un atropello, un abuso!

ANGELA. (Aparte á Augusto.) ¡Hágalo usted por mí! ¡Sólo se trata de pasar algunas horas en el cuartel!

AUG. ¡Pero...!

GEND. 1.° ¡Andando, andando!

AUG. ¡Oiga usted! ¡Poco á poco! (Se lo llevan por el foro.)

GREG. ¡Adiós, sobrino!

NARCISO. ¡Ya nos veremos en Clermont!

ANGELA. (Lo principal es que no prendan á Julio.)

ESCENA XX

DICHOS, menos AUGUSTO y los GENDARMES

GREG. ¡Y el muy tunante nada nos había dicho!

ANGELA. Creyó que no le obligarían á ingresar en el cantón.

NARCISO. ¡Qué locura!

GREG. ¡Adiós, sobrina mía! Ya cuidaremos de tu esposo.

MARIA. Sí, sí.

NARCISO. ¡Una idea! ¿Por qué no nos acompañas?

GREG. ¡Es verdad! Vente á Clermont con nosotros.

ANGELA. ¿A Clermont? ¡Tal vez! ¡Ya lo pensaré!

MARIA. Viviremos juntos. Y visitaremos á todo el pueblo.

GREG. Aunque no conocemos á nadie, nos han dado varias tarjetas para lo principalito.

MARIA. Hoy mismo nos presentaremos en dos ó tres casas.

ANGELA. Repito que lo pensaré.

MARIA. Pues si te decides, avísanos.

GREG. Hotel del Caballo Blanco. Hasta la vista.

NARCISO. Adiós, prima.

ANGELA. ¡Feliz viaje!

MARIA. Ya escribiremos.

ESCENA XXI

ÁNGELA; luego CARLOTA

ANGELA. Y ahora corro á la quinta. Es preciso que el general lo sepa todo. Pero antes... (Toca un timbre.) La presencia en mi casa de esa criada es imposible.

CARLOTA. ¿Llamaba usted?

ANGELA. Sí tal. Puede usted recoger su ropa y marcharse á otra parte.

CARLOTA. ¿Cómo? ¿Me despide usted? ¿Por qué razón?

ANGELA. Porque... salimos hoy mismo de París. Un viaje repentino... Tome usted un mes de salario. (Le da dinero.)

CARLOTA. ¡Jesucristo!

ANGELA. Aguarde usted á José, y en cuanto venga... ya lo sabe usted.

CARLOTA. ¡Pero señora!...

ANGELA. ¡Nada! ¡Nada! Hemos terminado. (Durante esta escena, Angela se ha puesto el sombrero y los guantes, nerviosa y agitada.)

ESCENA XXII

CARLOTA; luego JOSÉ, por el foro.

CARLOTA. ¡En mi vida me ocurrió esto! ¡Fíese usted de las señoritas!

JOSE. (Hablando dentro.) ¡Bien, señora! ¡Vaya usted tranquila!

CARLOTA. ¿Pero qué mosca le habrá picado?

JOSE. (Saliendo.) ¡Ah! ¿Es usted?

CARLOTA. ¡Sí señor! ¡Y sepa usted que acaban de despedirme!

JOSE. ¡Eso me ha dicho al entrar la señora!

CARLOTA. ¡Valiente picardía! ¡Como si una no fuese hacendosa y no supiera su obligación! ¡Voy por mi ropa!

JOSE. ¡Un momento! Diga usted: ¿Es verdad lo que acaba de contarme la portera?

CARLOTA. ¿El qué?

JOSE. Que hace poco subieron aquí dos gendarmes para prender al señorito.

CARLOTA. Yo misma les abrí la puerta.

JOSE. (¿Digo, eh?)

CARLOTA. Por lo demás ignoro lo que ocurrió. ¡Vaya! Voy por mi ropa, y por la cesta de huevos. ¡Fíese usted de las amas! (Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA XXIII

JOSÉ; luego JULIO

JOSE. ¡Así salía la señora tan agitada! ¡Se lo afirmé mil veces! ¡Con la milicia no se juega! (Campanillazo fuerte.) ¿Eh? ¿Quién llamará? (Vase por el foro de la derecha, y á poco sale

detrás de Julio. Este con traje de viaje, y un saco de noche en una mano, y en la otra una caja de pinturas y un caballete pequeño.)

JULIO. ¡Pronto! Avisa á mi mujer. Díla que ya estoy de vuelta.

JOSE. ¡Ay, señorito de mi alma!

JULIO. ¿Qué ocurre?

JOSE. Es necesario que se marche usted en seguida.

JULIO. ¿Marcharme?

JOSE. Á Clermont. Sí señor. ¿No sabe usted que debió haber ingresado hace tres días en el regimiento como territorial?

JULIO. ¡Demonio! ¡Ni pensé siquiera en ello!

JOSE. ¡Anda, anda! Pues ahora mismo acaban de estar aquí los gendarmes, buscándole á usted, y como le den á usted por prófugo, lo dividen.

JULIO. ¡Cáspita! ¡Eso no! ¿Pero y mi mujer?

JOSE. Fué á la quinta de una amiga, para que su esposo, el general, interceda por usted.

JULIO. ¡Sí! Ya conozco esa familia. ¡Pobre Angela!

JOSE. Lo derecho es que se presente usted en el regimiento antes que avisen los gendarmes.

JULIO. Dices bien. Me marcho á escape.

JOSE. Ya sabe usted. Clermont. ¡El ciento setenta y cinco de línea!

JULIO. ¡Bueno, bueno! Me llevaré todo esto por si tengo el capricho de pintar algún cuadro. (Cogiendo la caja y el caballete.)

JOSE. ¡Corra usted! ¡Corra usted!

JULIO. ¡Y yo que pensaba descansar tranquilamente unos días! ¡Maldita contrariedad!... Adiós, José. Hasta la vuelta. En cuanto llegue á Clermont, se arreglará todo. ¡Qué contenta se pondrá mi mujer cuando vuelva y se entere de lo ocurrido! (Vase por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Este acto es un disparate de los de marca mayor y que coloca al autor á la altura de un petrete

ACTO SEGUNDO

LA ENTRADA DE LOS PABELLONES

A la izquierda, primer término, un pabellón con puerta de cristales. El segundo término, figura la entrada á los pabellones. En el tercer término, otro pabellón colocado oblicua y paralelamente al primero, con una puerta sobre la cual se lee: *Cuerpo de guardia*. Al foro, frente al público, otro pabellón que, partiendo de la derecha, avanza al centro de la escena. La parte derecha de este pabellón forma un soportal, en donde hay mesas y sillas. En su parte izquierda, una puerta frente al público, y encima la frase siguiente: *Cantina del ciento setenta y cinco de línea*. Entre la *Cantina* y el *Cuerpo de guardia*, un paso libre. A la derecha, primer término, la fachada del Hotel del *Caballo blanco*, con gran puerta de entrada en el centro. Encima un balcón, y en el balcón la muestra del *Hotel*. En segundo y tercer término, entradas limitadas aquí y allá por varios árboles corpulentos. Al fondo, entre el *Hotel* y la *Cantina*, paisaje montañoso. Un banco de madera delante de la *Cantina*. Otro á la izquierda, entre la puerta del primer pabellón y la entrada á los pabellones. (Izquierda y derecha del actor.)

ESCENA PRIMERA

LEDOUX, teniente; GROSBOUD, cabo; BELOUETTE, sargento; PINCÓN, BERTELIER, BLOQUET, LAVALANCHE, LAFAUNCHETTE, EL PRÍNCIPE DE NIZA y ROUCHE

Al levantarse el telón, aparecen todos formados en fila frente al público. Los trajes son diversos. Americanas, levitas, pantalón de paisano y képis, ó pantalón militar y sombrero hongo, formando un conjunto desordenado.

LEDOUX. (Con una lista en la mano, va nombrándolos.) ¡Dubois!

DUBOIS. Presente.

LEDOUX. Planchet.

PLANC. ¡Sente!

LEDOUX. ¡Champignol! (Silencio.) ¡Champignol! ¿Dónde está Champignol?

SARG. Está arrestado, mi teniente. Es un territorial que vino ayer entre gendarmes, y que debía haber ingresado en el cantón hace tres días.

LEDOUX. Bueno. Luego me lo presentará usted. ¡Benoit!

BENOIT. Presente.

LEDOUX. Pincón.

PINCON. Presente.

LEDOUX. Niza.

PRINC. (Tipo elegantísimo, con monocle, chaleco blanco y sombrero de copa. Sale de la fila para contestar.) ¡No! Dispense usted. Príncipe.

LEDOUX. ¿Príncipe de qué?

PRINC. Príncipe de Niza.

LEDOUX. ¡Ah, es usted Príncipe!

PRINC. Servidor de usted.

LEDOUX. ¿Eh? ¿Qué es eso de servidor de usted? ¿Qué quiere decir servidor de usted?

PRINC. Quiere decir que estoy á la disposición de usted.

LEDOUX. ¡Se dice presente! ¿No oye usted decir presente?

PRINC. Creí que era más político lo de servidor de usted.

LEDOUX. ¡Basta! Aquí no hay política que valga. Se dice presente.

PRINC. ¡Bueno, bueno!

LEDOUX. ¡Bernard! ¡Bernard!

SARG. ¡Narciso Bernard!

ESCENA II

DICHOS; MARÍA, NARCISO, de paisano, y GREGORIO, saliendo del hotel.

MARIA. ¡Tu nombre! ¡Contesta en seguida! ¡Pronto!

NARCISO. (Acercándose á Ledoux.) ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! Narciso Bernard.

LEDOUX. ¡A buena hora!

GREG. Dispense usted, señor oficial. Ha llegado algo tarde; pero yo intercedo por él. Soy su suegro; y en mi calidad de...

LEDOUX. ¡Largo de aquí!

GREG. Con mucho gusto.

MARIA. (Abrazando á Narciso.) ¡Adios, monono mío!

NARCISO. ¡Adios, monina de tu monino!

LEDOUX. ¡Eh! ¿Qué significa eso? ¡Basta de chicoleos! ¡A la fila!

NARCISO. Sí, señor. (Se coloca en la fila.)

GREG. (A Ledoux.) ¡Son dos tórtolos! ¡Como acaban de casarse!...

LEDOUX. ¡Largo de aquí!

GREG. ¡En seguida! Ven hija mía. (Entra en el hotel seguido de María. Esta se vuelve desde la puerta y tira besos á Narciso. Ledoux cree que se dirigen á él. Lleno de orgullo, sonríe y saluda á María. Vuélvese de repente, y se encuentra cara á cara con Narciso, el cual envía un beso á su mujer, y da en la nariz de Ledoux.)

LEDOUX. ¡Canario!

NARCISO. Dispense usted.

ESCENA III

DICHOS menos MARÍA y GREGORIO

LEDOUX. Cuidado con faltar otra vez á la lista, ¿eh?

NARCISO. Sí, señor. Yo estaba con mi esposa, y...

LEDOUX. Agradezca usted que no lo vió el Capitán.

NARCISO. ¿El Capitán? ¡Bah! ¡Qué había de decirme el Capitán! Somos íntimos amigos. Ayer tuve el gusto de verle en casa de Champignol.

LEDOUX. ¡Silencio!

CAPITAN. (Dentro.) ¡Teniente Ledoux! ¿Dónde está el teniente?

LEDOUX. (Alto.) Aquí, mi Capitán.

ESCENA IV

DICHOS; EL CAPITÁN, saliendo por la izquierda, segundo término.

CAPITAN. Vengo de inspeccionar los pabellones. Todo está sin barrer. Las camas mal hechas; el desorden por todas partes.

LEDOUX. (A los reservistas.) ¿Lo oyen ustedes?

CAPITAN. ¡Quien tiene que oirlo es usted!

PRINC. (Riendo.) (¡Anda! ¡Tómate esa!)

CAPITAN. ¡A ver! ¡No hay que reir! ¡No es cosa de risa lo que digo!

PRINC. (A Narciso.) ¡Mal genio tiene!

NARCISO. ¡Quiá! ¡Es un bendito! Le recomendaré á usted.

PRINC. ¡Sí, sí! Hágame usted el favor.

CAPITAN. Es necesario arreglarlo todo, y limpiar, y barrer...

NARCISO. (Que saluda con la mano al Capitán.) (¡Qué rareza! Me mira, y no me contesta.) (Vuelve á saludarle con mayor insistencia.)

CAPITAN. (Fijándose en Narciso.) ¿Qué hace aquel delgaducho allí abajo? Parece que se espanta las moscas.

NARCISO. Soy yo, Capitán. Le estoy saludando hace una hora.

CAPITAN. ¡Ah! ¿Me saluda usted? (A Ledoux.) Dos horas de arresto á ese hombre por saludar de tal modo á su Capitán.

NARCISO. ¡Cómo! ¡Y no me reconoce! ¡Soy Narciso! ¡Ya sabe usted...!

CAPITAN. ¡Silencio!

NARCISO. ¡El marido de la...!

CAPITAN. Cuatro horas por no callarse.

NARCISO. (¡Demonio!)

PRINC. (A Narciso.) ¡Y es usted el que me iba á recomendar!

LEDOUX. (Leyendo en la lista.) Bloquet.

BLOQUET. Presente.

LEDOUX. Bertelier.

BERT. (Muy gordo.) Presente.

CAPITAN. Y está de buen año.

BERT. ¡Muchas gracias, mi Capitan!

CAPITAN. ¿Qué oficio tiene usted?

BERT. Revendedor de billetes.

CAPITAN. ¡Ah! ¿Es usted el que despluma al público á la puerta de los teatros? (A Ledoux.) Mucho ojo con éste, ¿eh? En cuanto se descuide, al calabozo.

LEDOUX. Lavalanche.

LAV. Presente.

CAPITAN. Será preciso cortar esas melenas... Y todos, lo mismo. Hay que rapármelos en seguida. Por lo demás, ya lo saben ustedes. Todo regimiento es una gran familia. El Coronel es el padre del regimiento. El Capitán el padre de la compañía. Yo seré desde hoy un padre para ustedes.

PRINC. ¡Bravo!

CAPITAN. Seis horas de arresto por interrumpir á su padre... digo, á su Capitán.

NARCISO. (¡Pues vaya un geniecito que tiene este hombre!)

ESCENA V

DICHOS; EL COMANDANTE, por el segundo término izquierda.

COMAND. ¿Y el Capitán Camaret?

CAPITAN. Presente, mi Comandante.

COMAND. ¿Son éstos los reservistas?

CAPITAN. Sí, mi Comandante.

COMAND. ¿Aún no están uniformados?

CAPITAN. Faltan uniformes en el almacén. Yo creo que hasta mañana no será posible vestirles á todos.

COMAND. Bien, bien: que eso no obste para que hagan servicio.

Pasaré revista dentro de una hora. (Vase por la derecha.)

CAPITAN. ¡Atención!... ¡Flanco derecho!... ¡De frente!... ¡Mar!... (Salida de todos por el tercer término de la izquierda.)

TODOS. ¡Uno... dos... uno... dos...! (Sigue á los reservistas hasta el fondo.)

ESCENA VI

EL CAPITÁN y ÁNGELA; luego GROSBOUD

ANGELA. (Saliendo por el último término de la derecha, detrás del hotel.) Aquí debe ser. ¡Gracias á Dios que pude llegar sin obstáculo alguno! ¿En dónde estará Augusto? Es absolutamente preciso que yo le hable. Preguntaré á aquel Oficial. (Se dirige al Capitan: éste se vuelve, la ve y la reconoce.)

CAPITAN. ¡Calle!

ANGELA. (El Capitán.)

CAPITAN. ¡La señora de Champignol!

ANGELA. (¡Maldito encuentro!)

CAPITAN. ¿Usted aquí?

ANGELA. Sí, señor; diré á usted...

CAPITAN. ¡Ah, vamos, ya caigo! ¿Viene usted con objeto de ver á su marido?

ANGELA. ¡Justo: á... mi marido!

CAPITAN. ¿Pero cómo diablo no se presentó á su tiempo en el cuartel?

ANGELA. ¡Ah! ¿Debió presentarse á su tiempo?

CAPITAN. Sí, señora: hace tres días. ¡Y sin decirme ayer una palabra, cuando tuve el honor de visitar á ustedes!

ANGELA. Los artistas, Capitán, son tan distraídos...

CAPITAN. Figúrese usted mi sorpresa al enterarme hoy aquí de que Champignol había venido entre gendarmes, y de que estaba arrestado.

ANGELA. ¿Arrestado? (¡Pobre Augusto!)

CAPITAN. Todavía no tuve tiempo de verle; pero, en fin, voy á mandar que lo traigan, aun cuando sólo sea por un momento, para que usted se tranquilice. (Llamando.) ¡Cabo de guardia!

ESCENA VII

DICHOS; GROSBOUD, por el tercer término izquierda.

GROSB. ¡Mi Capitán!

CAPITAN. Esta señora desea hablar con su marido, el soldado Champignol. Condúzcalo usted aquí.

GROSB. En seguida. Está haciendo, con otros arrestados, la limpieza interior del cantón. Voy á llamarle. (Vase por la izquierda.)

ANGELA. ¡Mil gracias, Capitán! Es usted muy amable.

CAPITAN. Mande usted, señora. Ya procuraremos levantar ese arresto. Ahora, les dejo á ustedes en completa libertad. Luego saludaré á su esposo. Con su permiso, me retiro.

ANGELA. Vaya usted, vaya usted.

CAPITAN. A la orden. (Entra en el hotel.)

GROSB. ¡Vivo! ¡Por este lado!

ESCENA VIII

ÁNGELA y GROSBOUD; AUGUSTO, por la izquierda.

Augusto, con un capote de soldado, muy raído y viejo, al cual le faltan varios botones y con zapatones de madera, sale conduciendo un carretón.

AUG. ¡Ya voy, hombre, ya voy!

GROSB. Aquella señora desea hablarle.

AUG. (¡Ángela!)

GROSB. Ya volveré por usted. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IX

ÁNGELA y AUGUSTO

ANGELA. ¡Dios mío, usted... en ese traje!

AUG. ¡Y con este carretón, sí, señora! Lo que me ocurre desde ayer, tiene muy poca gracia.

ANGELA. La culpa es suya, amigo mío.

AUG. Conducirme aquí entre gendarmes, sufrir un arresto, obligarme á barrer la cuadra. ¡Y si fuera eso sólo!

ANGELA. ¿Hay más todavía?

AUG. ¿Que si hay más? ¡Me han vacunado, señora!

ANGELA. ¿Eh?

AUG. ¡A mí, que nunca pude resistir el menor pinchazo!

ANGELA. ¡Já, já, já!

AUG. ¿Se ríe usted?

ANGELA. Naturalmente.

AUG. Pues yo no.

ANGELA. ¡Si supiera usted cuánto le agradezco su sacrificio!

AUG. ¡Y si usted supiera cuánto he tenido que violentarme para no descubrir la farsa! Además... ¿qué adelantaba con ello? Nadie me habría creído. ¡Yo soy aquí Champignol por fuerza! Los gendarmes lo afirman; y si yo lo niego y pruebo al fin la verdad, la comprometo á usted, cosa que quiero evitar á todo trance.

ANGELA. Gracias, amigo mío! Por fortuna, trece días pasan pronto.

AUG. ¡Ah! ¿Se figura usted que voy á pasar aquí trece días?

ANGELA. ¡Claro está! De otro modo su sacrificio habría sido inútil. ¿No sabe usted que mi esposo está viajando, y que si descubren la verdad le castigarían cruelmente? Ayer, después que salió usted de casa con los gendarmes, fuí á la quinta de un general, casado con una íntima amiga, para consultarle, y éste me aseguró que la situación de mi marido es delicadísima: que ó se presenta hoy aquí, ó sufre un severo castigo. ¡Figúrese usted mi desesperación! Mi amiga trató de consolarme y me obligó á pasar la noche en la quinta; pero esta mañana, en cuanto salí de ella, en vez de ir á mi casa me dirigí á la estación y me vine aquí, con objeto de ver á usted, para suplicarle que siga representando su papel y salve á mi marido.

AUG. Pero, señora; yo tengo mil negocios. Esta misma noche debo presentarme en casa de mi futura... que ya estoy deseando conocer.

ANGELA. ¿No me dijo usted que vivía aquí, en Clermont?

AUG. ¡Cabal!

ANGELA. Pues pida usted permiso á los jefes por dos ó tres horas bajo cualquier pretexto. Yo vuelvo á París y aguardo en casa el regreso de mi marido. Usted cumple aquí sus trece días, y santas páscuas.

AUG. Pero...

ANGELA. ¡Tiene usted un gran corazón! No olvidaré nunca esta prueba de amistad.

AUG. Lo que tengo es un carácter débil, y una gana de marcharme de aquí tremenda.

ESCENA X

DICHOS; LAVALANCHE, LAFAUNCHETTE y EL PRÍNCIPE DE NIZA, por el segundo término izquierda.

LAF. ¡Nada! No hay uniformes en el almacén.

PRINC. ¡Me alegro! ¡Así no los hubiera nunca!

LAV. (Fijándose en Angela.) ¡Chist! ¡Valiente chica!

PRINC. ¿Dónde?

LAV. Allí.

PRINC. ¡Pues es verdad!

LAV. ¿La conoce usted?

PRINC. No, y es extraño, porque conozco á todo el mundo.

ESCENA XI

DICHOS; NARCISO, que sale por la izquierda, vestido de uniforme, que le estará muy mal.

NARCISO. ¡Repito que este uniforme no me está bien!

LAF. ¿Quién le ha vestido á usted?

NARCISO. ¡Mis enemigos! (Risa general.)

PRINC. Diga usted, compañero: ¿Conoce usted, por casualidad, á aquella linda joven?

NARCISO. (Mirando.) ¿Aquélla? ¡Toma! ¡Toma! ¡Ya lo creo! ¡Como que es mi prima! (Yendo hacia ella.) ¡Prima mía!

ANGELA. ¡Narciso!

NARCISO. ¿Estás aquí? ¡Y sin avisarnos!

AUG. (¡Cáspita! No me acordaba de esta familia.)

NARCISO. ¡Señores! Presento á ustedes al territorial Julio Champignol y á su esposa Angela.

ANGELA. (¡Habrá necio!)

AUG. (¡Ya escampa!)

PRINC. ¿Cómo? ¿Es usted Champignol? ¡El célebre artista!

LAV. ¡El pintor ilustre!

AUG. (¡Echa! ¡Echa!)

PRINC. Tenemos un singular placer en saludar á usted.

AUG. ¡Mil gracias!

NARCISO. ¿Pero cuándo has llegado?

ANGELA. ¡Hace un momento!

NARCISO. ¡Cuánto va á alegrarse María! Ahí dentro se halla con papá. (Señalando el hotel.) Sube, sube.

ANGELA. Luego... más tarde.

NARCISO. ¿Cómo luego? Ahora mismo: sígueme.

ANGELA. (No hay remedio.) Bueno; pero te advierto que me marcho á París en seguida.

NARCISO. ¿No te quedas en Clermont?

ANGELA. ¡Imposible! (A Augusto.) ¿Verdad que es imposible?

AUG. ¡Imposible de todo punto!

NARCISO. Esta noche siquiera. ¡Ah! Y asistirás á la runión que una señora viuda, á quien papá y María visitaron ayer, da hoy en su casa. Será una fiesta espléndida.

ANGELA. ¡Hola, hola! ¿Ya empezaron las relaciones?

NARCISO. ¡Uf! Mi mujer conoce ya á medio pueblo.

ANGELA. Lo siento... por la viuda; pero no puedo visitarla. Subo á dar un beso á mi prima...

AUG. Y á casa inmediatamente.

NARCISO. Vamos allá.

ANGELA. ¡Señores!

PRINC. A los pies de usted.

NARCISO. ¡Hasta luego, primo! (Vanse al hotel.)

ESCENA XII

DICHOS, menos ÁNGELA y NARCISO

PRINC. (Es muy guapa la de Champignol.)

LAV. Le felicito á usted, amigo mío. Posee usted una mujer en extremo simpática.

AUG. ¡Oh! usted la favorece.

PRINC. Y nos sentimos orgullosos de tener por compañero en el cantón á un artista de su talla.

AUG. Crea usted que no merezco tanto.

PRINC. ¡Adiós!

LAV. Servidor de usted.

AUG. ¡Adiós, señores! (Vanse por el primer pabellón de la izquierda.)

ESCENA XIII

AUGUSTO; luego GROSBOUD

AUG. La verdad es que todos esos elogios me llenan de orgullo.

GROSB. (Por el tercer término de la izquierda.) Terminó la entrevista?

AUG. Ya lo ve usted.

GROSB. Pues mutis, y andando.

AUG. ¿Cómo mutis?

GROSB. ¿Hablo en griego? ¡Media vuelta! ¡Vivo!

AUG. (¡De qué buena gana le daría un puntapié!) (Coge el carretón, y echa á andar de prisa por el tercer término de la izquierda.)

ESCENA XIV

JULIO

Sale corriendo por el foro de la derecha, con la maleta, la caja de pinturas y el caballete.

¡Gracias á Dios! Aquí es, no hay duda. (Mirando á todas partes, se fija en el letrero de la *Cantina.)* ¡Ciento setenta y cinco de línea! ¡Malhaya mi torpeza! ¡Marcharme á

Clermont-Ferrand, cuando se trataba del Clermont inmediato á París! ¡Y haber perdido veinticuatro horas en el viaje! ¡Vaya usted á convencerlos ahora de todo esto!

ESCENA XV

DICHO y LEDOUX

LEDOUX. (Por el pabellón de la izquierda.) ¡A ver si se arreglan esas camas!

JULIO. (¡Un Oficial!) ¡Buenos días, mi Teniente!

LEDOUX. ¡Eh! ¿Quién es usted?

JULIO. Julio Champignol, mi Teniente.

LEDOUX. ¡Ah! ¿Usted es Champignol, el mandado arrestar por prófugo?

JULIO. (¡Decretaron mi arresto!) Dispense usted; yo no soy prófugo. Mi tardanza fué motivada por causas extraordinarias.

LEDOUX. ¡Basta! Ya se lo dirá usted á quien corresponda. ¿Qué aguarda usted aquí? ¿No estaba usted cumpliendo su arresto?

JULIO. Todavía, no; pero lo cumpliré. Si no es más que eso, puede usted estar tranquilo.

LEDOUX. Entre usted en aquél pabellón. (Por el primero de la izquierda.)

JULIO. Con mucho gusto.

LEDOUX. Un instante. Su apellido de usted me recuerda el de un célebre pintor... ¿Lo sería usted tal vez?

JULIO. El mismo... Es decir, soy el pintor, pero no soy célebre.

LEDOUX. ¡Ah! tengo una verdadera satisfacción en conocer á usted.

JULIO. ¡Muchas gracias!

LEDOUX. Y si en algo puedo servirle... aparte de la Ordenanza...

JULIO. Lo mismo digo.

LEDOUX. Ya sabe usted: Ledoux. (Dándole la mano.)

JULIO. Muy señor mío. Lo único que le suplico, es que haga usted lo posible porque me levanten ese arresto.

LEDOUX. Interpondré mi escasa influencia. Pase usted; pase usted por allí.

JULIO. Servidor de usted. (Es muy fino y muy simpático.) (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA XVI

LEDOUX y EL CAPITÁN; luego NARCISO y RESERVISTAS

CAPITAN. (Saliendo del hotel.) Teniente Ledoux.

LEDOUX. Mi Capitán.

CAPITAN. Toque de ejercicio.

LEDOUX. En seguida. (El Capitán vuelve á entrar en el hotel. Ledoux se marcha por el foro de la izquierda. Toques de corneta dentro. En seguida salen los reservistas formados por el primer pabellón de la izquierda, y delante el sargento Belonette. Grosboud sale por el foro de la izquierda.

SARG. ¡Alto! ¡De frente! ¡Ar!

NARCISO. (Saliendo del hotel.) (¡Demonio! ¡Ya están formados!) (Se coloca entre la fila.)

SARG. ¡Usted siempre llega tarde!

NARCISO. Perdone usted, sargento. Estaba en el hotel con mi prima Angela, y...

SARG. ¡Silencio!

NARCISO. ¡Ya no chisto! (Los reservistas quedaron formados frente al público en tres escuadras. La de la derecha y la de la izquierda, son reservistas comparsas. La del centro, compuesta del modo siguiente: Primero, á la derecha, Grosboud; segundo, Narciso; tercero, Lafanchette; cuarto, Lavalanche; quinto, Bertelier; sexto, el Príncipe de Niza, Pincón y Dubois.)

ESCENA XVII

DICHOS y EL CAPITÁN; luego JULIO

CAPITAN. (Saliendo del hotel.) ¿Estamos listos?

JULIO. (Sale corriendo del primer pabellón de la izquierda vestido de uniforme). ¿Dónde me coloco, sargento?

BEL. ¿Cómo dónde me coloco? ¡En el puesto habitual! ¿Será bárbaro?

JULIO. ¡Sí! ¡Sí! ¡En seguida! (Se precipita á ocupar un sitio, y da un pisotón al Príncipe, que lanza un grito.)

PRINC. ¡Ay!

JULIO. (Yendo á otra parte.) ¡Perdone usted!

LAV. (Empujándole.) ¡Fuera de aquí!

JULIO. (Yendo hacia Narciso.) Usted perdone.

NARCISO. ¡A otro lado!

JULIO. ¡Perdone usted!

BEL. ¿Acaba usted ó no?

JULIO. ¡Sí, señor! ¡Ya he terminado! (Se coloca entre Narciso y Lafanchette.)

BEL. ¡A numerarse! (Los reservistas se numeran.) ¡Firmes! ¡Guía á la derecha!

CAPITAN. ¡Oído! ~~Cada cual marchará á su puesto.~~ ¡Marchen!

BLOQUET. (Cabo de la escuadra izquierda.) ~~Por la~~ derecha. ¡Marchen! (Sale por la derecha, segundo término, detrás del hotel, con su escuadra.)

ROUCHE. (Cabo de la escuadra derecha.) Por la izquierda. ¡Marchen! (Sale por la izquierda, tercer término, con su escuadra.)

CAPITAN. (A los reservistas.) ¡Uno, dos! ¡Uno, dos!... (El tercer grupo permanece quieto.) ¡Sargento!

BEL. ¡Mi Capitán!

CAPITAN. Tráigame usted al territorial Champignol.

JULIO. (Sale de filas, atropellando á Narciso.) (¿A mí?) ¡Presente!

CAPITAN. ¿Quién le ha llamado á usted? ¡A la fila!

JULIO. ¡Me pareció oir mi nombre!

CAPITAN. ¡A la fila!

JULIO. (Volviendo á la fila.) (¡Qué amable es este Capitán!)

CAPITAN. Vaya usted, sargento.

BEL. (Saluda, y vase por el segundo término de la izquierda.)

CAPITAN. ¡Lo que es ahora no se me escapa! ¡Hay que aprovechar la ocasión! (A Grosboud.) Empiece usted el ejercicio. Yo voy á inspeccionar por allí dentro. (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA XVIII

GROSBOUD, JULIO, BERTELIER, NARCISO, LAFAUNCHETTE, EL PRÍNCIPE, LAVALANCHE, PINCÓN y DUBOIS

GROSB. ¡Firmes! ¡Movimiento horizontal de brazos sin flexión en dos tiempos! Este es el movimiento. (Haciéndolo.) ¡Uno! ¡Dos! ¡Uno! ¡Dos! ¡Ar!

RESER. (Haciendo el movimiento.) ¡Uno! ¡Dos! ¡Uno! ¡Dos!

GROSB. ¡Más deprisa! ¡Iguales! ¡Uno! ¡Dos!

JULIO. ¡Uno, dos!

GROSB. ¡Alto! (A Julio, que sigue el movimiento.) ¡Alto, he dicho!

JULIO. ¡Ah! ¡Bueno! (¡Ya me dolían los brazos!)

GROSB. (Al Príncipe.) Y usted. ¡Fuera el sombrero! ¡Valiente facha!

PRINC. ¡Con mucho gusto; sí, señor! (Se quita su sombrero de copa, y no sabiendo dónde colocarlo, lo conserva en la mano derecha, y maniobra con él.)

GROSB. Movimiento horizontal y lateral de brazos sin flexión, con flexión sobre las extremidades inferiores. ¡Este es el movimiento! ¡Uno, dos! ¡Uno, dos! ¡Ar!

TODOS. (Ejecutándolo.) ¡Uno, dos! ¡Uno, dos!

ESCENA XIX

DICHOS y GREGORIO

GREG. (Sale del hotel con caña de pescar y cesto.) ¡Hola! ¡Hola! ¡Hacen el ejercicio!

NARCISO. (Viéndole.) ¡Mi papá suegro!

GREG. ¡Bien maniobra el chico!

GROSB. ¡Alto!

GREG. ¡Le abrazaría de buena gana!

GROSB. Media vuelta á la izquierda. ¡Ar! (Narciso la da á la derecha.) ¡Eh! ¡Tú! ¡Zopenco! (Acercándose á Narciso.) ¿No sabes cuál es tu izquierda, pedazo de avestruz?

NARCISO. (Volviéndose.) (¡Me llama avestruz delante de mi familia.) ¡Diré á usted, señor cabo!

GROSB. ¡Señor cabo! ¡Señor cabo!... (A Gregorio.) ¿Verdad que tiene tipo de idiota?

GREG. ¡Le advierto á usted que es mi yerno!

GROSB. ¿Su yerno? (¡Canario!) ¡Paso gimnástico! ¡Marchen! (Todos se marchan por la derecha, detrás del hotel, marcando exageradamente el paso gimnástico.)

TODOS. ¡Uno, dos! ¡Uno, dos!... (Narciso, al pasar cerca de Gregorio, se separa de la fila, le da la mano, y sigue corriendo.)

ESCENA XX

GREGORIO; luego EL CAPITÁN

GREG. Creo que no olvido nada. La caña... el cesto... Me han asegurado que en este río hay truchas enormes. Voy á ver si me traigo media docena.

CAPITAN. (Por la primera de la izquierda.) ¿En dónde está el sargento?

GREG. ¡Calle! ¡El Capitán! ¡Felices, amigo mío! ¡Gregorio! ¡Gregorio Chamel!

CAPITAN. ¡Ah! ¡Sí! Ya recuerdo. Nos conocimos ayer en casa de Champignol.

GREG. Justamente.

CAPITAN. Á propósito. ¿Le ha visto usted?

GREG. ¿A quién?

CAPITAN. A Champignol. ¿No es su sobrino?

GREG. Sobrino político. Todavía no he logrado verle. Pero arriba se halla su esposa con María.

CAPITAN. Aguarde usted. Le he mandado llamar, porque tengo una idea diabólica.

GREG. ¡Hola! (¿Qué idea diabólica será esa?)

ESCENA XXI

DICHOS; AUGUSTO y BELOUETTE, por el segundo término izquierda.

BEL. (A Augusto.) Allí tiene usted al Capitán.

AUG. ¿Qué Capitán?

CAPITAN. Acérquese usted, señor de Champignol.

AUG. (¡Diablo! ¡El Capitán de ayer!)

GREG. ¡Buena pieza!

AUG. (¡Mi tío postizo!)

GREG. Pero, hombre, ¿dónde te metes? No puedo echarte la vista encima.

CAPITAN. (A Beloutte.) ¿Por qué no se han barrido ya esos pabellones? Que no vuelva á repetirlo. Y que no me coloquen paquetes ni envoltorios sobre las camas. Todas parecen puestos de feria. Vaya usted.

BEL. Bien, mi Capitán. (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA XXII

EL CAPITÁN, GREGORIO y AUGUSTO

CAPITAN. Y ahora, señor Champignol, hablemos del asunto que me interesa. Aquí no hay medio de excusarse. Aquí no hay tolerancia, amigo mío. Y quiera usted ó no quiera, tendrá que obedecer...

AUG. No comprendo...

CAPITAN. Vamos: ante todo, conste que no habla el Capitán, sino el admirador, el amigo. Y éste, aprovechando las circustancias, exige... dura es la frase, pero no la retiro: exige que le retrate usted ahora ¡mismo, sin más apelación.

GREG. ¡Bravo! Eso me gusta.

AUG. (¡San Francisco de Paula!)

CAPITAN. (A Gregorio.) ¿Qué tal la idea diabólica?

GREG. ¡Admirable!

AUG. ¡Pero, Capitán!

CAPITAN. Nada, nada; no doy cuartel. Si hoy no aprovecho la ocasión, tal vez la pierda para siempre.

AUG. Con mucho gusto, Capitán; pero... aquí no tengo lienzo ni paleta.. Me faltan... en fin, me faltan los adminículos.

GREG. ¡Qué lástima!

AUG. (¡Me he salvado!) Crea usted que, si los tuviera, le retrataba á usted en cinco minutos.

CAPITAN. ¿Tan pronto?

AUG. Un sencillo croquis, un simple boceto. Pero comprenda usted que es imposible.

ESCENA XXIII

DICHOS; BELOUETTE, por la primera izquierda, saca la caja de pinturas y el caballete de Julio.

BEL. ¡Mi Capitán!

CAPITAN. ¿Qué ocurre?

BEL. Sobre las camas no hay más que esta caja de pinturas y este caballete.

TODOS. ¿Eh?

CAPITAN. ¿Una caja de pinturas? ¿Y afirmaba usted no haberla traído?

AUG. Y lo afirmo. Eso no me pertenece: eso no es mío.

CAPITAN. ¡Vamos, vamos: siempre tan bromista!

AUG. (¡Maldita casualidad!)

CAPITAN. (A Beloutte.) Deje usted abí eso. (Beloutte saluda, y se marcha por la derecha.) ¡Andando! No perdamos tiempo. ¡A retratarme!

AUG. (¡María Santísima! ¡Y no las he visto más gordas!)

GREG. Sí, sí: cuatro brochazos. ¡Zás, zás! ¡Ya está!

CAPITAN. ¿Dónde me coloco?

AUG. A la izquierda... (El Capitán lo hace.) ¡No! á la derecha. (Idem.) Mejor será á la izquierda. (Idem.)

CAPITAN. ¿En que quedamos?

AUG. En eso: en la derecha. (Coloca el caballete á la izquierda, y sobre él un lienzo.)

GREG. Todo es cuestión de luz, ¿verdad, sobrino?

AUG. Sí, señor. Y le aseguro á usted que no veo luz.

CAPITAN. ¿Qué posición cree usted que debo adoptar?

AUG. La que usted quiera.

CAPITAN. ¿Le gusto á usted así? (Adoptando una posición algo afectada.)

GREG. ¡Arrogante figura!

AUG. Creo que sentado saldría usted mejor.

CAPITAN. ¿Sentado? Bueno: me es igual.

GREG. Voy por una silla. (La saca del hotel.)

AUG. (¡Qué compromiso, Dios mío, qué compromiso!)

GREG. Aquí está la silla.

CAPITAN. Gracias. Vamos allá. (Se sienta á la derecha cerca del hotel. Augusto se coloca á la izquierda, poniendo sobre el caballete un lienzo de modo que el público lo vea bien. Augusto debe dibujar como pueda. Cuanto peor lo haga, será de mayor efecto. Gregorio, detrás de Augusto.) ¡De frente!

AUG. No, de perfil. (Así será más fácil.)

CAPITAN. Me gustaría más de frente.

AUG. No lo crea usted. Ahora la última, es retratarse de perfil.

CAPITAN. ¡Ah! (Se coloca de perfil.)

AUG. ¡Más vuelto! Que se vea muy poco la cara.

CAPITAN. ¡Hombre! ¡Un retrato sin verse la cara!

AUG. Es mi especialidad.

GREG. ¡Magnífico! (Se coloca detrás de Augusto. Este empieza á dibujar con el carbón, marcando mucho para que el público distinga bien. Empieza el retrato en la misma esquina ó ángulo superior del lienzo, por manera, que al ir á dibujar la nariz, le falta espacio y la marca fuera del cuadro: en el aire.)
(Cogiéndole la mano y colocándosela sobre el cuadro.) ¿Dónde vas, hijo mío?

AUG. Es verdad. Me he distraído. (Borra lo que marcó, y dibuja en el centro del lienzo el busto del Capitán. Un perfil como el que hacen los chicos por las paredes.)

GREG. (Mientras va dibujando.) Díme: ¿qué es eso?

AUG. La nariz.

GREG. Yo creí que era la bisera del képis.

AUG. (¡Atiza!)

GREG. ¿Y eso otro qué es?

AUG. El brazo. ¿No lo ve usted?

GREG. Me pareció el respaldo de la silla.

CAPITAN. ¿Falta mucho?

AUG. No señor. El bosquejo está terminado.

CAPITAN. A ver, á ver. (Se acerca.)

AUG. (¡Me manda al calabozo!)

CAPITAN. ¿Y ese soy yo?

AUG. El mismo.

GREG. No se da mucho aire.

AUG. ¡Naturalmente! ¡Un bosquejo! El bosquejo no se parece nunca al original. Sólo el pintor lo reconoce.

CAPITAN. ¡El pintor! Muy listo ha de ser para reconocerme. ¡En fin! ¡Luego veremos!

AUG. (¡Uf! ¡Respiro!)

GREG. ¡Vaya! ¡vaya! Yo me marcho al río. Adiós sobrinito.

AUG. Buena pesca.

GREG. ¡Mi Capitán!... (Saludando.)

CAPITAN. Adiós, caballero. (Le acompaña por la derecha, tercer término, y desaparece con él un instante. Augusto recoge el caballete, la caja y la silla, y entra en el hotel.

ESCENA XXIV

GROSBOUD; LOS RESERVISTAS, por la derecha, segundo término; salen formados.

TODOS. ¡Uno! ¡Dos! ¡Uno! ¡Dos!

GROSB. ¡Alto! ¡Rompan filas!

LAV. ¡Gracias á Dios!

LAF. ¡Valiente jaleito!

PRÍNC. ¡Siento calambres en las piernas!

GROSB. ¡Oído!

LAV. ¿Otra vez?

GROSB. Uno para traer aquí las patatas.

PRINC. ¿Las patatas?

GROSB. Eso es. Hay que mondarlas para el rancho. Vaya usted por ellas.

PRINC. ¿Yo?

GROSB. Usted, sí señor.

PRINC. Le advierto á usted que soy el Príncipe de Niza.

GROSB. ¿Sí? Pues... ¡Príncipe! ¡Por las patatas! Aquí no hay jerarquías ni preeminencias. ¡Vivo!

PRINC. Pero reflexione usted...

GROSB. ¡Vivo he dicho, ó lo santiguo!

PRINC. ¡Caspitina! ¡Voy por las patatas! (Vase por el segundo término de la derecha. Los reservistas forman un grupo en el fondo.)

ESCENA XXV

DICHOS, AUGUSTO y EL CAPITÁN; luego LEDOUX

AUG. (Por el hotel.) ¿Manda usted algo, mi Capitán?

CAPITAN. Aguarde usted. (Mirándole la cabeza.) Hay que cortar este cabello. La Ordenanza lo permite incluso.

AUG. (¿También esa?) ¡Bueno! Cumpliré con la Ordenanza. (Vase por el segundo término de la izquierda.)

CAPITAN. (A Ledoux que sale del primer pabellón izquierda.) Usted, señor Teniente, cuídese usted de eso.

LEDOUX. ¿De qué, mi Capitán?

CAPITAN. De que le corten en seguida el pelo al soldado Champignol.

LEDOUX. ¡Ah! Corriente.

CAPITAN. ¡En seguida! (Entra en el hotel.)

LEDOUX. ¿En dónde está Champignol? (Viendo á Julio en el fondo entre los reservistas.) ¡Ah! ¡Ya le veo! ¡Un momento, amigo mío! (A Julio, que se acerca.) ¡Sargento! (Llamando.)

JULIO. ¿Quiere usted algo?

BEL. (Por el foro de la izquierda.) ¡Mi Teniente!

LEDOUX. Mande usted que le corten el pelo á este territorial.

JULIO. ¿A mí?

LEDOUX. ¡No hay remedio! Orden del Capitán. (Vase por la derecha.)

BEL. (A Julio.) Andando.

JULIO. Dispense usted. Hace muy poco que me lo cortaron...

BEL. No importa. ¡Cabo Grosboud!

GROSB. ¡Mi sargento! (Se acerca.)

BEL. Que pelen al instante á este territorial. (Vase por la izquierda, segundo término.)

GROSB. (Llamando.) ¡Peluquero!

JULIO. Dispense usted.

GROSB. ¡Silencio! ¡Peluquero!

ESCENA XXVI

DICHOS; EL PELUQUERO, por la primera de la izquierda.

PELUQ. ¡Presente!
GROSB. Péleme usted á este hombre. (Sube al foro.)
PELUQ. Está bien.
JULIO. ¡No, señor! Está mal. ¡Pues vaya una gracia!
PELUQ. ¡Al avío!
JULIO. ¡Voy á pescar un constipado! (Vanse por la primera de la izquierda.)

ESCENA XXVII

DICHOS y EL PRÍNCIPE

PRINC. (Saliendo por la derecha con un enorme saco de patatas.) ¡Aquí están las patatas!
GROSB. ¡Ande usted deprisa!
PRINC. ¡Lo menos pesa diez arrobas! (Dejando el saco.)
GROSB. ¡A mondar todo el mundo! (Los reservistas, sentados en el suelo, mondan las patatas. Todos cantan, cada cual lo que sepa. La voz de Lafaunchette, ó de otro cualquiera, entona el estrivillo: «Le voilá, Nicolás, ¡ah! ¡Ah! ¡Ah!» y todos lo repiten.)

ESCENA XXVIII

DICHOS y LEDOUX

LEDOUX. (Saliendo por el segundo término de la derecha.) ¡Socorro! ¡Pronto! ¡Uno que sepa nadar!
TODOS. (Levantándose.) ¿Qué ocurre?
LEDOUX. Un pescador que acaba de caer al río.
LAF. Corramos. (Salen todos corriendo por la derecha, menos el Príncipe, que sigue muy tranquilo mondando las patatas.)

ESCENA XXIX

EL PRÍNCIPE y EL CAPITÁN

CAPITAN. (Saliendo del hotel.) ¿Qué escándalo es este? ¿Qué sucede aquí?

PRINC. No es nada. Un pescador que cayó al río.

CAPITAN. ¡Y está usted con esa calma!

PRINC. ¡Naturalmente! ¡Yo no sé nadar!

Copi = llevese usted esto

ESCENA XXX

DICHOS; GREGORIO, NARCISO, LEDOUX y RESERVISTAS

Gregorio, lleno de agua, sale apoyado en Narciso.

NARCISO. ¡Valor, papá suegro! ¡Ya no hay peligro!

CAPITAN. ¡Qué veo! ¿Es usted?

GREG. ¡Sí, señor! (Estornudando.) ¡Achist!

CAPITAN. ¿Pero cómo ha sido?

GREG. Por coger una trucha. Me incliné demasiado, y... ¡cataplúm! ¡Achist!

CAPITAN. ¡Vaya usted á secarse! Está usted hecho una sopa.

NARCISO. Venga usted por aquí, papá suegro. Que no se entere María. ¡Puede asustarse demasiado! Vamos al almacén.

GREG. Ha sido un remojón de... ¡Achist! (Vanse por el segundo término de la izquierda con los reservistas.)

ESCENA XXXI

EL CAPITÁN; luego AUGUSTO

CAPITAN. ¡Pobre hombre! ¿A quién se le ocurre coger truchas á sus años?

AUG. (Por el foro de la izquierda.) (¡El Capitán!)

CAPITAN. A propósito. Su tío de usted acaba de caer al agua.

AUG. ¿Mi tío?

CAPITAN. Sí. Don Gregorio. ¿No es su tío de usted?

AUG. ¡Ah! No, señor. Digo; sí, señor. Tío de mi mujer.

CAPITAN. Fué á coger una trucha, y ¡cataplúm!

AUG. ¡Hombre! ¿De modo que ha muerto?

CAPITAN. ¿Morir? ¡No, señor!

AUG. ¡Qué lástima!

CAPITAN. ¿Cómo qué lástima?

AUG. ¡Qué lástima de percance!

CAPITAN. Por allá le llevaron para secarle... Vaya usted. Vaya usted.

AUG. ¡Voy corriendo!

CAPITAN. Un momento. ¿Le cortaron á usted el pelo?

AUG. ¡Todavía no!

CAPITAN. ¿Cómo todavía no?

AUG. ¡Pobre tío! ¡Desgraciado tío!... (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA XXXII

EL CAPITÁN; luego LEDOUX

CAPITAN. ¿Así se cumplen mis órdenes? (Llamando.) ¡Teniente Ledoux!

LEDOUX. (Saliendo de la cantina.) Mi Capitán.

CAPITAN. ¿No le dije á usted que debían cortarle el pelo al soldado Champignol?

LEDOUX. Sí, señor. ¡Se lo están cortando!

CAPITAN. ¡No es cierto! ¡Acabo de verle en el mismo estado! ¡Un día de arresto! (Vase por el foro de la derecha.)

ESCENA XXXIII

LEDOUX; luego JULIO; después BELOUETTE

LEDOUX. ¡Hola, hola!

JULIO. (Por la primera de la izquierda, con el cabello más corto.) (¡Cuando dije que me iba á constipar!)

LEDOUX. (Llamando.) ¡Sargento!

BEL. (Por la primera de la izquierda.) Presente.

LEDOUX. ¿No le encargué á usted que le cortaran el pelo á ese soldado?

BEL. Acaban de cortárselo, mi Teniente.

LEDOUX. No es verdad.

JULIO. ¿Cómo que no es verdad?

LEDOUX. (A Beloutte.) Un día de arresto por no obedecerme. (Vase por el segundo término de la derecha.)

ESCENA XXXIV

BELOUETTE y JULIO; luego GROSBOUD

BEL. ¿Arrestado por tu culpa? ¡Ahora verás! (Llamando.) ¡Cabo de guardia! (Más incomodado que Ledoux.)

GROSB. (Por la primera de la izquierda.) Aquí está el cabo.

BEL. ¿No le dije á usted que raparan á este número?

GROSB. Sí, señor.

BEL. Dos días de arresto por no cumplir mis órdenes. (Vase por el segundo término de la izquierda.)

GROSB. ¿Pero no lo han rapado? ¡Vive Cristo! (Llamando.) ¡Peluquero! (Mucho más rabioso que el Sargento.)

PELUQ. (Por la primera de la izquierda.) ¿Quién llama?

GROSB. ¿No le dije á usted que me pelara á este territorial?

PELUQ. Acabo de hacerlo.

GROSB. ¡Mentira! Tres días de arresto por no obedecerme. (Vase por el primer término de la derecha.)

PELUQ. ¡Ah, grandísimo pillo! ¿Conque dices que no te he pelado? (Cogiéndole furioso de un brazo.)

JULIO. ¿Yo? ¡Qué disparate!

PELUQ. ¡Anda delante! (Dándole empellones.)

JULIO. ¡Pero...!

PELUQ. ¡A escape!

JULIO. ¡Pues vaya una manía! (Vanse por la primera de la izquierda.)

ESCENA XXXV

NARCISO, EL PRÍNCIPE y demás RESERVISTAS; GREGORIO, por el segundo término izquierda, vestido de uniforme.

NARCISO. ¿Está usted mejor, papá?

GREG. ¡Mucho mejor! Este traje me ha confortado.

NARCISO. Mientras secan el de usted en la cocina, me pareció prudente pedir este uniforme.

GREG. ¡Bonita facha debo tener yo ahora!

NARCISO. ¡Bah! ¡Qué importa!

GREG. ¿A mí? ¡Maldito!

ESCENA XXXVI

DICHOS; GROSBOUD, por el segundo término derecha.

GROSB. ¡Pronto! ¡El Comandante se acerca! ¡Todo el mundo dentro!

TODOS. ¡El Comandante!

GROSB. ¡Vivo! (Todos, atropellándose, entran por la izquierda.)

ESCENA XXXVII

GREGORIO; luego EL COMANDANTE

GREG. ¡Pues no se apuran poco! ¡Como si el Comandante fuese una fiera! (Se sienta en el banco.)

COMAND. (Por la derecha.) ¿No hay nadie por aquí? (Viendo á Gregorio.) ¡Ah! un reservista. ¡Y el bárbaro sigue sentado! ¡Usted!

GREG. ¿Es á mí?

COMAND. ¿No sabe usted con quién habla?

GREG. (Mirando.) (¿Con quién hablo yo?)

COMAND. ¡Que si es usted sordo!

GREG. ¡Quiá! Lo que estoy es muerto de frío.

COMAND. Póngase usted de pie.

GREG. ¡Gracias! Estoy bien.
COMAND. De pie en seguida, ó le mando dar cincuenta palos.
GREG. (Levantándose.) ¡Caracoles!
COMAND. ¡A ver, Sargento, Teniente Ledoux!

ESCENA XXXVIII

DICHOS; BELOUETTE, por el segundo término izquierda, y LEDOUX, por la primera izquierda.

BEL. ¡Mi Comandante!
LEDOUX. A la orden.
COMAND. ¿Quién es este zopenco?
GREG. ¡Oiga usted, oiga usted!
BEL. No recuerdo su nombre.
COMAND. (A Ledoux.) ¿Y usted?
LEDOUX. Yo creo recordar su cara.
COMAND. ¿Quién es usted?
GREG. ¿Yo? El de la trucha.
COMAND. ¿Cómo el de la trucha?
LEDOUX. ¡Ah, sí! El pescador que hace poco cayó al río.
COMAND. ¿Un pescador?
GREG. Me prestaron este uniforme mientras secaban mi traje.
COMAND. ¡Acabáramos!

ESCENA XXXIX

DICHOS y NARCISO

NARCISO. (Por la primera de la izquierda, con la ropa de Gregorio.) ¡Ya está seca la ropa! ¡El Comandante! (Se cuadra.)
GREG. (Cogiéndola.) ¡Venga, venga! Con permiso de usted...
COMAND. ¡Ya decía yo! Pues si se descuida usted, amigo mío, se gana la gran paliza. ¡Habría tenido gracia!
GREG. ¡No señor! Ninguna. ¡Vámonos, vámonos!
NARCISO. ¿Al almacén? (Al Comandante.) ¿Me permite usted acompañarle?

COMAND. Haga usted lo que quiera.

GREG. Anda, Narciso: hay que quitarse esto á escape; es muy comprometido. (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA XL

EL COMANDANTE, LEDOUX y BELOUETTE

COMAND. ¡Já, já, já! ¡Es chistoso! (Vase por la primera de la izquierda.)

BEL ¡Mi Teniente! (Saliendo por la segunda de la derecha, con un fusil.)

LEDOUX. ¿Ocurre algo?

BEL. Es preciso reemplazar á un centinela que se ha puesto enfermo.

LEDOUX. ¿Dónde estaba de guardia?

BEL. (Señalando al foro de la derecha.) ¡Allí! A la entrada de los pabellones.

LEDOUX. Coloque usted á cualquier arrestado.

BEL. ¿Arrestado? Bueno, colocaré á Champignol.

LEDOUX. ¡Ah! ¿Le conoce usted?

BÉL. ¡Ya lo creo! Ayer me lo entregaron los gendarmes.

LEDOUX. Vaya usted á buscarle.

BEL. En seguida. (Vase por el segundo término de la izquierda, dejando el fusil contra la pared.)

ESCENA XLI

LEDOUX; luego JULIO

LEDOUX. Es necesario que cuanto antes empiecen á practicar el servicio.

JULIO. (Por la primera de la izquierda, completamente rapado.) (Que quieras que no quieras, me han dejado como un perro chino.)

LEDOUX. A propósito; acérquese usted, señor de Champignol.

JULIO. ¡Mi Teniente!

LEDOUX. Ahora fué á buscarle á usted el Sargento por orden mía.

JULIO. ¿A mí? ¿Con qué objeto?

LEDOUX. Coja usted aquel fusil y póngase allí de guardia para reemplazar á un centinela que cayó enfermo.

JULIO. Con mucho gusto. (Coge el fusil.)

LEDOUX. (Es muy simpático y muy distinguido.)

JULIO. ¿Dónde me coloco?

LEDOUX. Ahí abajo. Puede usted pasear á derecha y á izquierda. La consigna se la dará el Sargento. Ya vendrá por aquí.

JULIO. Bueno, mi Teniente.

LEDOUX. Hasta la vista. (Vase por la derecha, segundo término.)

ESCENA XLII

JULIO; luego BELOUETTE y AUGUSTO

JULIO. ¡Qué vida tan deliciosa! ¡En fin! Pasearemos. (Desaparece por el foro de la derecha.)

BEL. (Por la primera de la izquierda, seguido de Augusto con fusil.) Avance usted, Champignol.

AUG. ¿Dice usted que voy á reemplazar á un centinela que cayó enfermo?

BEL. Por orden del Teniente.

AUG. ¡Ah! ¿Cayó enfermo por orden del Teniente?

BEL. ¡Hombre, no! El Teniente ordenó que le buscase á usted y le pusiera ahí de guardia.

AUG. Bien, bien.

BEL. Colóquese usted ahí abajo. Puede usted pasear de izquierda á derecha. La consigna se la dará el cabo. (Vase por la izquierda, segundo término.)

ESCENA XLIII

AUGUSTO; luego JULIO

AUG. (Paseando.) No había yo contado con entrar de guardia tan pronto. (Julio aparece por la derecha, y ambos se cruzan con el fusil al hombro.)

JULIO. (¡Calla! ¡Otro centinela!)

AUG. (¡Un compañero!)

JULIO. (Al pasar.) ¡Servidor de usted!

AUG. Beso á usted la mano. (Pasean y desaparecen, saliendo á un tiempo cada cual por su lado.)

JULIO. ¿Qué hace usted ahí?

AUG. Estoy de guardia, ¿y usted?

JULIO. Yo también.

AUG. ¡Es gracioso!

JULIO. ¡Tiene gracia! (Vuelven á pasear como antes. Al encontrarse de nuevo, se unen y bajan juntos al proscenio.)

AUG. ¿Es usted reservista?

JULIO. Soy territorial, ¿y usted?

AUG. ¿Yo? (Bajando la voz.) ¡Yo soy paisano!

JULIO. ¿Eh?

AUG. ¡Silencio! (Dan media vuelta y se dirigen al foro. Al volverse con el fusil al hombro, tropiezan éstos el uno con el otro. Al llegar al foro, vuelven á descender al proscenio, y vuelven á cruzarse los fusiles. Al llegar al proscenio quedan ya parados, continuando la escena.) Mi presencia aquí es toda una novela.

JULIO. ¿De veras? ¡Cuente usted! (Baja el fusil, dando en el pie de Augusto.)

AUG. ¡Cuidado! Se trata de una intriga amorosa.

JULIO. Adelante, adelante.

AUG. Con una mujer casada.

JULIO. (Muy contento.) ¡Casada! Siga usted. Siga usted.

AUG. Cuyo nombre no he de decir.

JULIO. ¡Se comprende! (Augusto colocó el fusil en posición conveniente para que su bayoneta diese con la punta en este momento en el carrillo de Julio.) ¡Que va usted á saltarme un ojo!

AUG. Dispense usted. Yo le hacía la corte con gran asiduidad.

JULIO. Bonita, ¿eh?

AUG. ¡Divina!

JULIO. (Cada vez más satisfecho y alegre.) Siga usted. Siga usted.

AUG. ¡Ah! Empiezo por asegurar á usted, que entre nosotros no ocurrió nada grave.

JULIO. ¿De veras?

AUG. ¡Palabra de honor! ¡Pues eso es lo sensible! Porque aquí donde usted me ve, estoy obligado desde hace veinticuatro horas á pasar por marido de la individua ante los ojos de su propia familia y de mi regimiento sin provecho ninguno.

JULIO. ¿Cómo es eso?

AUG. Siendo víctima de mi propia debilidad, y de una delicadeza exagerada. Bástele á usted saber que, hallándome ayer en casa de esa señora, donde había entrado por vez primera con ánimo de darla el último adios, aprovechando un viaje del marido, se presenta la fuerza armada en busca del mismo.

JULIO. ¡Diablo!

AUG. ¡Sí! Era territorial; pero había desertado, según parece, y en vano le buscaban por todas partes.

JULIO. ¡Ah!

AUG. La esposa entonces inventa el medio de salvarle, diciendo que su esposo era yo; y es claro, en seguida me cogen, y á pesar de mis protestas, me conducen á este cantón, donde represento su papel, ¡y en donde estoy sufriendo la pena negra!

JULIO. ¡Já, já, já! ¡Extraordinario! ¡Sublime! (Riendo mucho.)

AUG. ¿Y todo por qué? ¿Si al menos hubiese conseguido algo de la bella?

JULIO. ¡Quién sabe! ¡Ya premiará luego su sacrificio!

AUG. Esa es mi única esperanza.

JULIO. ¡De todos modos, le compadezco á usted, y aprovecho la ocasión para ponerme á sus órdenes!

AUG. ¡Mil gracias!

JULIO. ¿Su nombre... auténtico?

AUG. Augusto Florimont. ¿Y el de usted?

JULIO. Julio Champignol.

AUG. (Da un grito, apuntando con el fusil. Julio, asustado, retrocede, apuntando también.) ¡A la guardia!

JULIO. ¡Demonio! ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa á usted?

AUG. ¡Nada! ¡Un vértigo! ¡Suelen darme muy á menudo! (Se

sienta en un banco.) (¡El esposo de Angela!) (Julio se acerca poco á poco, llevando el fusil preparado.)

JULIO. ¿Se va pasando? (Se sienta á su lado en el banco.)

AUG. ¡Un poco! (¡Dios mío de mi alma!)

ESCENA XLIV

DICHOS; EL COMANDANTE, por la primera izquierda.

COMAND. (Viéndoles sentados.) ¿Qué hacen ustedes ahí?

LOS DOS. (Levantándose.) ¡El Comandante!

COMAND. ¿No saben ustedes que cuando yo paso se presentan las armas?

LOS DOS. ¡Sí, señor! (Se colocan cara á cara, y se presentan las armas uno á otro.)

COMAND. ¡Serán bárbaros! ¡Media vuelta! (Ambos le vuelven la espalda al Comandante.) ¡Al otro lado! (Quedan el uno mirando á la derecha, y el otro á la izquierda.) ¡De frente, he dicho! (Se vuelven frente al público.) ¿Por qué hacen los dos centinela en ese lugar?

JULIO. ¡Yo qué sé!

COMAND. ¡Sargento!

ESCENA XLV

DICHOS; BELOUETTE, saliendo del cuerpo de guardia.

BEL. ¡Mi Comandante!

COMAND. ¿Por qué hay aquí dos hombres de guardia?

BEL. Lo ignoro. Yo sólo puse á éste. (Señalando á Augusto.)

COMAND. (A Julio.) ¿Y á usted quién lo ha puesto?

JULIO. ¿A mí? ¡El Teniente!

COMAND. ¡Vaya un desórden! ¡Márchese usted en seguida!

JULIO. ¡Con mucho gusto! (Vase por la primera de la izquierda después de dar la mano y saludar á Augusto.)

COMAND. En cuanto á usted, cuide de no sentarse como lo hizo. ¿Cuál es su nombre?

AUG. ¿Mi nombre? ¡No lo sé!

BEL. Se llama Champignol, mi Comandante.

COMAND. Champignol, ¿eh? Hay que vigilarle. Márchese usted. (A Belouette, que saluda y se marcha al cuerpo de guardia.) A ver, á ver. ~~Quítese usted el képis~~. (Augusto lo hace.) Tiene usted el pelo muy largo.

AUG. Ya me lo han dicho, mi Comandante.

COMAND. Será preciso cortarlo.

AUG. También me lo han dicho, mi Comandante.

COMAND. ¡A su puesto! ¡Teniente Ledoux! (Llamando.)

AUG. En seguida, mi Comandante. (Se dirige al foro, y paseando desaparece por la derecha.) (¡Estoy en un compromiso horrible! ¡Si se entera el otro de que él soy yo... digo, de que yo soy él!)

ESCENA XLVI

EL COMANDANTE; LEDOUX, por la segunda derecha.

LEDOUX. ¡A la orden!

COMAND. (Viéndole.) Recomiendo á usted la mayor formalidad en el servicio. ¡Hace poco me han plantado ahí dos hombres haciendo la misma guardia!

LEDOUX. ¿Es posible?

COMAND. ¡Ah! Y mande usted que le corten el pelo á Champignol.

LEDOUX. ¿Otra vez?

COMAND. ¿Cómo otra vez?

LEDOUX. Hace poco le raparon, mi Comandante.

COMAND. ¡No es cierto! ¡Acabo de verle, y tiene el pelo largo! Obedezca usted mis órdenes. (Vase por la derecha.)

ESCENA XLVII

LEDOUX; luego JULIO y EL PELUQUERO

LEDOUX. ¡Corriente! Por mi parte, que lo pelen hasta mañana.

JULIO. (Por la primera de la izquierda.) ¡Vamos á la cantina! ¡Repito que te quiero convidar!

LEDOUX. ¡Calla! ¡Champiguol! ¿No estaba usted de guardia?

JULIO. Sí, señor; pero el Comandante me ha relevado.

LEDOUX. ¿A ver esa cabeza? (Julio se descubre.) (¡Yo no lo encuentro largo; pero en fin.) (Al Peluquero.) ¡Hay que pelarlo de nuevo!

JULIO. ¿Cómo de nuevo?

PELUQ. ¡Si lo pelé á punta de tijera!

LEDOUX. ¡Bueno! ¡Pues aféitelo usted! ¡Con eso no me fastidiarán más! (Vase por la segunda de la derecha.)

JULIO. ¡Asesino!

PELUQ. ¡No hay remedio! ¡Quien manda, manda! ¡Al avío, muchacho!

JULIO. ¡Esto es un crimen! ¡Un verdadero crimen! ¡Rayos y centellas! (Vanse por la primera de la izquierda.)

ESCENA XLVIII

AUGUSTO

(Sale con su fusil al brazo, paseando por la derecha.) ¡Nadie! Creo que lo mejor es tomar la puerta. Si permanezco aquí, Champignol me perniquiebra en cuanto se entere de la farsa. Sí, sí. ¡Voy por mi ropa, y buenas tardes! (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XLIX

ANGELA, saliendo del hotel; luego EL CAPITÁN

ANGELA. ¡Ay! Gracias á Dios que pude desprenderme de la primita y salir de ese hotel. Volvamos á París en seguida.

CAPITAN. (Saliendo por el foro de la derecha.) ¿Qué veo? ¿Todavía anda usted por aquí, señora?

ANGELA. Precisamente iba á marcharme á París ahora mismo.

CAPITAN. ¿Tan pronto? Yo creí que pensaba usted detenerse en Clermont algunos días.

ANGELA. Imposible, Capitán.

CAPITAN. Quédese siquiera hasta mañana. Con eso asistiría usted esta noche á la reunión íntima que celebramos en casa de mi sobrina. Ya conoce usted á Adriana.

ANGELA. La joven que le acompañó á usted al estudio.

CAPITAN. Para que su esposo de usted la retratase. En efecto. Ya dige á usted que su madre pensaba casarla, y precisamente esta noche van á presentarnos al futuro. Un joven á quien no hemos visto aún. Se llama Augusto Florimont.

ANGELA. ¡Cielos!

CAPITAN. ¿Le conoce usted?

ANGELA. ¿Yo? No señor... (¡Su futura es sobrina del Capitán!)

CAPITAN. Crea usted que detesto estos matrimonios de conveniencia.

ANGELA. (Es preciso prevenirle.)

CAPITAN. Yo estoy por los matrimonios de amor. Así comprendo la felicidad. Y mil veces se lo he dicho á mi hermana. Casa á la chica con el elegido de su corazón. No la cases con el bolsillo de nadie.

ANGELA. Capitán, antes de marcharme, desearía decir adiós á mi marido.

CAPITAN. Nada más justo. (Llamando.) ¡Teniente Ledoux!

LEDOUX. (Saliendo por el foro de la izquierda.) ¡Mi Capitán!

CAPITAN. Dígale usted al soldado Champignol, que venga aquí inmediatamente.

LEDOUX. Está bien. (Vase por la izquierda.)

CAPITAN. Puesto que no hay otro remedio, feliz viaje. (Dándola la mano.) Ya sabe usted donde me tiene, y si algo se le ocurre...

ANGELA. Mil gracias, Capitán.

CAPITAN. A los pies de usted. (Vase al hotel.)

ESCENA L

ANGELA; luego JULIO

ANGELA. Si la casualidad no me favorece, y Augusto va á visitar esta noche á la sobrina del Capitán, éste descubre el

enredo y mi pobre Julio habría pagado su falta. Es indispensable que Augusto no salga del cantón hasta terminar sus trece días.

JULIO. (Por la primera de la izquierda. Saca el képis metido hasta las orejas.) ¡Repito que esto no se hace con ningún hombre! Mi cabeza es ya un queso de bola.

ANGELA. (Aquí viene.)

JULIO. (Se vuelve y reconoce á Angela.) ¡Angela!

ANGELA. (¡Mi marido!)

JULIO. ¡Angela adorada! ¿Tú aquí? ¡Ah! ¡Todo lo adivino! José te enteró de mi regreso; de mi viaje á Clermont y te has apresurado á visitarme.

ANGELA. (~~Me siento morir~~.) ¡Sí! ¡Cabal! ¡Eso es!

JULIO. No me atreví á aguardarte para no perder tiempo. Parece que los gendarmes fueron decididos á prenderme.

ANGELA. ¡Justo! ¡A... prenderte!

JULIO. ¡Pero se encontraron sin la huéspeda!

ANGELA. ¡Ajá! (Y se llevaron al huésped.)

JULIO. Hoy pensaba escribirte contándote, la... Pero, chica, ¿qué tienes? ¡Me lanzas unos ojos! ¡Ah! ¡Ya caigo! ¡Te choca mi cabeza! (Se quita el képis. Su cabeza se halla afeitada.) Mira, hija, mira cómo acaban de dejarme. ¡Me han convertido en mingo!

ANGELA. ¡Qué horror!

JULIO. ¡Ven mujercita mía! ¡Déjame que te abrace! ¡Tú sola puedes calmar mi desconsuelo! (La abraza.)

ANGELA. (¿Qué va á pasar aquí?)

ESCENA LI

DICHOS; EL PRÍNCIPE y LAVALANCHE, por el foro izquierda.

PRINC. (Viéndoles abrazados.) ¡Cáspita!

LAV. ¿Qué ocurre? (Quedan atisbando sin ser vistos.)

PRINC. ¡Mire usted! ¡Mire usted cómo abrazan á la mujer de Champignol!

LAV. ¡Pues es verdad!

JULIO. Por manera que acabas de llegar...

ANGELA. ¡En este momento!

JULIO. Pues en ese hotel puedes acomodarte. Nosotros no estamos obligados á dormir en los pabellones, de modo que te acompañaré toda la noche.

PRINC. (¡Aprieta!)

LAV. (¡Qué escándalo!)

JULIO. Ve, vida mía, y aguárdame allí.

ANGELA. Como gustes. (Estoy decidida. Lo mejor es contárselo todo, ocurra lo que ocurra. (Entra en el hotel.)

JULIO. Pediré permiso al Comandante. (Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA LII

EL PRÍNCIPE y LAVALANCHE; luego PLANCHET, PINÇON y DUBOIS, que salen por el segundo término izquierda.

PRINC. ¡Desgraciado Campignol!

LAV. ¡Já, já, já! ¡Tiene gracia!

PLANC. ¿Por qué ríen ustedes de ese modo?

PRINC. ¡Friolera!

LAV. La mujer de Champignol... Ya conocéis á Champignol.

PRINC. Yo le conozco de nombre.

DUBOIS. Y yo también.

PLANC. Aquí está en el cantón. ¡Es territorial, como nosotros!

LAV. Y hace poco rato nos le presentaron á él y á su esposa.

PRINC. Pero su esposa no vino á visitar solamente al marido.

LAV. ¡Quiá! Venía á visitar al otro.

PLANC. ¿Al otro?

PRINC. ¡Pues! Al otro territorial, con quien ella se entiende.

LAV. Y del cual se dejaba abrazar aquí ahora mismo.

PRINC. ¡Llamándole vida mía!

TODOS. ¡Já, já, já!

PRINC. (A Lavalanche.) Venga usted. Vamos á contárselo á todo el regimiento.

LAV. Para que no se sepa. (Vanse riendo por el segundo término de la izquierda.)

ESCENA LIII

PLANCHET, PINCON y DUBOIS; luego JULIO, por el foro izquierda.

PLANC. Señores, propongo levantar una estatua á ese marido confiado.

JULIO. No encuentro por ahí al Comandante.

PINCON. Y después del rancho, brindaremos por Champignol.

JULIO. ¡Eh! ¿Quién habla de Champignol? ¿Qué le pasa á Champignol?

PLANC. ¡Casi nada!

DUBOIS. ¿No sabe usted la noticia?

JULIO. ¿Qué noticia?

PINCON. ¡Todavía no la sabe!

PLANC. ¡Si es público y notorio!

JULIO. Pero, en fin, ¿qué ocurre?

PLANC. (Confidencialmente.) Ocurre que la mujer de Champignol no vino al cantón por su marido, sino por el otro...

JULIO. ¿Eh?

DUBOIS. El cual la abrazaba aquí mismo hace rato.

PLANC. ¡Y la llamaba vida mía!

JULIO. ¿A mi mujer?

PLANC. ¡No, hombre: á la mujer de Campignol!

DUBOIS. De ese pintor célebre á quien ayer condujeron aquí entre gendarmes.

JULIO. ¿Ayer, entre gendarmes? ¡Rayos y truenos!

PLANC. ¿Qué le pasa?

JULIO. (¡No hay duda! ¡La historia aquella era la mía!) ¿Dónde está ese pillo? ¡Lo voy á extrangular!

ESCENA LIV

DICHOS; AUGUSTO, por la primera izquierda, vestido de paisano.

AUG. (¡Si pudiera escurrirme!)

JULIO. (Viéndole, y lanzándose sobre él.) ¡Ah! ¡Ya le veo! ¡Ven acá infame!

AUG. ¡Zape!

JULIO. (Pegándole puñetazos.) ¿Conque tú eres Champignol?

AUG. ¡No! ¡Favor! ¡Sujétenle ustedes!

JULIO. ¡Tunante! ¡Seductor! (Le encaja el sombrero de copa de un golpe.)

AUG. (Echando á correr por el foro de la derecha.) ¡Sujetarle! ¡Debe estar loco! (Los reservistas sujetan á Julio.)

ESCENA LV

DICHOS; EL COMANDANTE, por la segunda izquierda.

COMAND. ¿Qué escándalo es este? ¿Quién grita de ese modo?

JULIO. ¡Justicia mi Comandante! (Se acerca al Comandante, y se quita el képis.)

COMAND. (Fijándose en la cabeza de Julio.) ¡Cáspita! ¿Qué melón es ese?

JULIO. ¡Oigame usted!

COMAND. ¿Por qué se ha pelado usted así? ¡Eso es ridículo!

JULIO. Usted tuvo la culpa.

COMAND. ¿Yo?

JULIO. Sí, señor. ¡Usted ordenó que me mondaran!

COMAND. ¡Al calabozo, por insultar á un superior! ¡Llevadle al calabozo!

JULIO. ¡Mil rayos!

TODOS. (Congiéndole, y llevándole hacia la izquierda.) ¡Andando! ¡Andando! ¡Al calabozo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón elegante en casa del Capitán. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

CELESTINO; luego EL CAPITÁN, de uniforme; después ADRIANA

CEL. (Por la segunda de la izquierda.) ¡Uf! ¡Qué calor! ¡Ahí dentro se asa uno!

CAPITAN. (Por el foro.) ¿Dónde están los refrescos? ¡A ver! ¡Que lleven sorbetes al salón!

ADRIANA. (Por la segunda de la izquierda.) ¡Todo el mundo quiere refrescar!

CAPITAN. ¿Sí? ¡Pues que tengan paciencia!

CEL. ¡Lo que tienen es una sed horrible!

CAPITAN. Díme, pimpollo. ¿Y ese señor Florimont, cuándo va á llegar?

CEL. Hace dos horas que debía hallarse aquí. La verdad es que para pretendiente, no se da mucha prisa.

CAPITAN. ¿Le conoces?

CEL. ¿A quién?

CAPITAN. Al susodicho Florimont.

CEL. No señor. Tampoco le conozco.

CAPITAN. ¡Maldita casualidad! Caer enferma mi hermana hace

dos horas, cuando ya no era posible suspender la reunión, y verme obligado á recibir á todo el mundo, incluso á tu prometido... ese Florimont á quien ninguno conocemos.

CEL. Ya le anunciarán, papá.

CAPITAN. Bueno. Avísame en cuanto venga. (Vase por el foro.)

ESCENA II

ADRIANA y CELESTINO

ADRIANA. (Mirando á Celestino.) (¡Y pensar que no comprende el sentimiento que me invade! ¡Que será capaz de dejarme casar con otro!)

CEL. (Mirándola.) (¡Y pensar que ese tesoro de hermosura pertenecerá pronto á un desconocido!)

ADRIANA. ¿En qué piensas, primo?

CEL. En que ese traje te sienta á las mil maravillas, y en que si no fueses mi prima, me dedicaría á hacerte la corte.

ADRIANA. ¿De veras?

CEL. Ya puede sentirse orgulloso Florimont. ¡Va á llevarse una mujercita modelo!

ADRIANA. ¡Bah!

CEL. Por supuesto, que tu futuro, según dice la tía, es un joven simpático, guapo, inteligente...

ADRIANA. ¡Bueno, bueno! ¡Me alegro! No hablarías mejor de mi futuro si fueses su agente matrimonial.

CEL. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

ADRIANA. ¿Quiero decir, que según veo, no te importa nada que yo me case con ese caballero?

CEL. ¡Toma! Al fin y al cabo te has de casar con alguien.

ADRIANA. ¡Celestino! ¡Nunca esperaba esa respuesta!

CEL. ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

ADRIANA. (Llorando.) ¡De modo que cuando nos prometíamos hace diez años aquello, era un juego, una broma!

CEL. ¿Hace diez años?

ADRIANA. Sí señor, siendo niños. Muchas veces nos comprometíamos á casarnos.

CEL. Es verdad. Yo tenía doce años.

ADRIANA. Y yo once.

CEL. ¡Qué precocidad!

ADRIANA. Pero, según veo, era de mentirijillas.

CEL. ¡Ah! ¿Recuerdas todo aquello?

ADRIANA. Y yo, sin embargo, no lo tomaba á broma. Yo he crecido diciéndome siempre: Adriana, á quien tú debes amar es á Celestino, puesto que Celestino ha de ser tu marido.

CEL. ¡Basta! ¡Basta, prima de mi alma! Ni una palabra más, ó en cuanto se presente Florimont, lo tiro por la ventana.

ADRIANA. ¿Es posible? ¿Lo tirarías por mí? ¡Ay, qué bueno eres!

CEL. ¡Pero, si yo te quise siempre! ¡Si vengo repitiéndome toda mi vida: Celestino, tú no debes amar á Adriana, porque Adriana no puede ser nunca tu mujer!

ADRIANA. ¡Qué atrocidad! ¿Y en qué se funda esa creencia?

CEL. ¡Toma, toma! Tú eres rica, y yo pobre.

ADRIANA. ¡Ah! ¿Sólo por eso? ¡A casarnos! ¡A casarnos en seguida!

CEL. ¡Casarte conmigo!

ADRIANA. Para cumplirte mi promesa; sí señor. Yo renuncio mi dote.

CEL. ¡No! ¡Eso no! No te sacrifiques por mí.

ADRIANA. Pues pídeme perdón. ¡Pronto! ¡De rodillas!

CEL. ¡Prima mía! (Arrodillándose.)

ADRIANA. ¡Primito mío!

ESCENA III

DICHOS; EL CAPITÁN, por el foro.

CAPITAN. (Viéndoles.) ¡Canario! ¿Qué posiciones son esas?

ADRIANA. ¡Tío de mi corazón!

CEL. ¡Papá de mi alma!

CAPITAN. ¡Hijos de mis entretelas!

ADRIANA. Ya es preciso que lo sepa usted todo.

CEL. ¡Absolutamente todo!

ADRIANA. ¡Celestino me ama!

CEL. ¡Adriana me adora!

ADRIANA. Celestino ocultaba su pasión.

CEL. Adriana no decía nunca esta boca es mía.

ADRIANA. Pero en vista del peligro que nos amenaza, nuestros corazones han hablado.

CEL. Y nuestras almas se han comprendido.

ADRIANA. Mi futuro no es ya mi futuro.

CEL. Ni su futuro, ni nada.

ADRIANA. Este es el que ha de ser mi futuro.

CEL. Y ésta mi futura.

CAPITAN. ¡A ver! ¡A ver! ¿Qué conjugación es esa?

CEL. Hablamos muy en serio, papá.

CAPITAN. ¡Pues ya podíais haberlo dicho antes! ¿Conque, es decir, que mi hermana te busca un novio; que invita á sus amigos aquí esta noche para publicar la boda, y que en el crítico momento, decides casarte con otro?

ADRIANA. ¡Cabal! Porque hasta este crítico momento, no nos hemos entendido.

CAPITAN. ¡Hombre, qué gracia!

CEL. Es necesario que lo arregles todo.

ADRIANA. Es preciso que convenza usted á mamá y que la haga desistir del proyectado enlace. ¡De otro modo seré muy desgraciada!

CEL. Y yo más desgraciado todavía.

CAPITAN. ¡Vea usted! ¡Lo que siempre he dicho! ¡No apruebo los matrimonios de conveniencia! Yo estoy por el amor.

CEL. Y yo también, papá.

CAPITAN. ¡Bueno, bueno! ¡Convenceré á mi hermana! ¡Qué demonio! Si ella es madre, yo soy padre, y no consiento que el chico se apene ni pierda su dicha.

CEL. ¡Gracias, papá!

ADRIANA. ¡Gracias, tío!

CAPITAN. Pero ya podíais haberlo dicho antes. ¿Qué vamos á hacer esta noche con el tal Florimont?

CEL. Muy sencillo. Como la tía está enferma, y no lo podrá oir, empiezas por desahuciarle.

ADRIANA. ¡Justo! Le dice usted que se marche hasta nueva orden.

CAPITAN. ¡Es claro! ¡Y tan campantes!

CEL. Alguien viene.

ADRIANA. ¿Será él?

CEL. ¡Vámonos! ¡Vámonos!

ADRIANA. ¡Vámonos corriendo! (Echan á correr por la segunda de la izquierda.)

CAPITAN. ¡Eh! ¡Sobrina! ¡Muchacho! Yo no lo recibo ahora. (Vase detrás.)

ESCENA IV

ÁNGELA; luego EL CAPITÁN

ANGELA. (Por el foro, vestida de baile, y con un abrigo. Hablando en el foro.) ¿Dice usted que el Capitán anda por aquí? Bien, bien. No hay necesidad de anunciarme. (Baja al proscenio.) Estoy decidida. Lo mejor, es revelárselo todo. El escándalo de esta tarde, me obliga á terminar el enredo. Mi marido en un calabozo; Augusto citado aquí esta noche para ser presentado á su futura, la sobrina del Capitán. ¿Qué va á decir éste en cuanto le vea? Sí, sí. Lo correcto, es hablarle claro. Por fortuna, el mismo Capitán me invitó á la reunión, y puedo, en cuanto la ocasión se presente, explicarle lo que pasa. Ahora acabo de regresar de París, donde fuí á cambiar de traje.

CAPITAN. (Por la segunda de la izquierda.) (¡Nada! No hay medio de contenerles.)

ANGELA. (¡El es!)

CAPITAN. (Viéndola.) ¡Calle! ¡La señora de Champignol! ¿Era usted?

ANGELA. ¡Capitán!

CAPITAN. Creí que era el otro.

ANGELA. ¿El otro?

CAPITAN. ¡Qué sorpresa tan agradable! Yo la hacía á usted en París.

ANGELA. Retrasé mi viaje á última hora, y...

CAPITAN. ¡Y se acordó usted de mi invitación! ¡Cuánto me alegro! Permítame usted que la quite el abrigo. (La quita el abrigo.)

ANGELA. ¡Oh! No se moleste usted.

CAPITAN. ¡Chica! ¡Muchacha!

ESCENA V

DICHOS; CARLOTA, por la segunda derecha.

CARLOTA. Aquí estoy.

ANGELA. (¡Cielos! ¡Carlota!)

CARLOTA. ¡Qué veo! Servidora de usted. ¿Cómo lo pasa usted?

ANGELA. Bien, bien; muchas gracias.

CARLOTA. Pues aquí me tiene usted desde ayer tarde. Me mandaron de una Agencia, donde me presenté al salir de su casa.

CAPITAN. ¡Ah! ¿Usted ha servido en casa de ésta señora?

CARLOTA. ¿No se acuerda usted que fuí yo propia la que recibió á usted?

CAPITAN. ¡No había reparado!...

CARLOTA. ¡En seguidita encontré acomodo! Y me hallo aquí muy ricamente, ¿sabe usted? Y están todos muy satisfechos de mis servicios, ¿sabe usted?

CAPITAN. ¡Bueno! Menos charla, y lleve usted este abrigo al guardaropa. (Se lo da.) Permítame usted conducirla al salón. Me veo precisado esta noche á hacer yo los honores, porque mi hermana se sintió indispuesta, y tuvo que guardar cama. Pero ahí está mi sobrina. Venga usted. (La ofrece el brazo.)

ANGELA. (No sé cómo decirle...) Mil gracias. (Estoy temblando de miedo.) (Se marchan por el foro de la izquierda.)

CARLOTA. ¡Vaya usted con Dios! Que no *haiga* novedad. Servidora de usted.

ESCENA VI

CARLOTA

(Mirando el abrigo.) Lo que menos pensaba yo era encontrarme aquí con la señorita. ¡Vaya una tela! ¡Esto sí que debe costar caro! ¡Y cómo huele á yerbabuena! (Poniéndoselo.) ¡Digo, digo! Si parece que lo han hecho para mí inclusive.

ESCENA VII

DICHA; GREGORIO y MARÍA, por el foro derecha. Aquél de frac; ésta de baile.

GREG. Adentro, hija mía. No nos detengamos en el recibimiento. Ya queda en él Narciso entregando los abrigos.

MARIA. Una señora, papá. (Señalando á Carlota, que se pavonea con su abrigo.)

GREG. ¿Será la dueña de la casa?

MARIA. ¿La de Rivolet? Si acaban de decirnos que se ha puesto enferma.

GREG. Entonces, será una invitada. La saludaremos. (Se acerca á Carlota, y hace una profunda reverencia.) ¡Señora mía! (Debe ser de la aristocracia de Clermont.) Tengo el gusto de presentar á usted á mi hija María. Gregorio Chamel, propietario.

CARLOTA. (Quitándose el abrigo y volviéndose hacia ellos.) ¡Pues yo soy la criada!

MARIA. ¿Eh?

GREG. ¿La criada?

CARLOTA. (Reconociéndolos.) ¡Ave María! ¿Ustedes también aquí? ¿Cómo están ustedes?

GREG. ¡Calle! La sirvienta de mi sobrina.

MARIA. ¡Es verdad!

CARLOTA. ¿No sabían ustedes que ayer mismo me despidió? ¡Toma, toma! Por fortuna, encontré aquí acomodo. Y ahora mismo ha tenido el honor de verme.

GREG. ¿Quién?

CARLOTA. Su sobrina de usted. Acaba de llegar. Como que este abrigo es el suyo.

MARIA. ¿Angela? Imposible. Si hace dos horas se despidió de nosotros.

GREG. Diciéndonos que regresaba á París.

CARLOTA. Pues pasen ustedes al salón, y la verán. Allí está con el señorito.

GREG. ¿El señorito?

CARLOTA. ¡Pues! El hermano de la señora. Como ésta se halla enferma, es el hermano el encargado de recibir las visitas.

GREG. (A María.) ¿Quién será ese hermano?

MARIA. Lo ignoro, papá.

GREG. Nada nos habló ayer la viuda de ese pariente.

CARLOTA. (Mirando al foro.) Mírelo usted. Aquí viene.

GREG. Me alegro mucho.

CARLOTA. (Al Capitán, que sale por el foro de la izquierda.) Esos señores parece que le buscan. (Vase por el foro.)

ESCENA VIII

DICHOS; EL CAPITÁN, por el foro izquierda.

CAPITAN. ¡Señores! (Acercándose.)

GREG. / MARÍA. (¡El Capitán!)

CAPITAN. (Reconociéndoles.) ¡Pero qué veo! ¿Son ustedes? ¡Cuánto lo celebro!

MARIA. (¡Dios mío! ¡Y mi marido que viene de ocultis.)

GREG. ¡Cabal! ¡Nosotros en persona! (¡Si llego á saber que es este el hermano!) Habíamos recibido una invitación de... de su señora hermana. La señora viuda de Rivolet.

CAPITAN. ¡Muy señora mía! ¡Digo, de ustedes!

MARIA. Parece que está enferma, ¿verdad?

GREG. ¿Qué tiene la pobrecita?

CAPITAN. Reuma aquí... en el flanco derecho. No es cosa de cuidado.

GREG. ¡Más vale así, qué demonio!

CAPITAN. Yo, en cambio, tengo...

GREG. ¿Reuma también? ¿En el flanco izquierdo, quizás?

CAPITAN. ¡No! Que tengo un gran placer en recibir á ustedes.

GREG. ¡Ah! ¡Estimando Capitán!

CAPITAN. Y siento en el alma que su marido no pueda acompañarles. Pero ya sabe usted que un soldado no debe abandonar el cuartel.

GREG. (¡Aprieta!)

MARIA. (¡La hemos hecho buena!)

CAPITAN. ¡La ordenanza ante todo!

ESCENA IX

DICHOS; CELESTINO y ADRIANA, por la segunda izquierda.

ADRIANA. ¡No puedo más! ¡Hemos bailado como dos locos!

CEL. ¡El wals es mi elemento!

ADRIANA. (Viendo á María.) ¡María! ¡Don Gregorio!

GREG. ¡La señorita Adriana!

MARIA ¡Qué sorpresa tan agradable!

CAPITAN. ¡Vaya, vaya! Celestino, da el brazo á María.

CEL. ¡Con mil amores! (La da el brazo.)

MARIA. (¡Y Narciso que va á venir!)

CAPITAN. (A Gregorio.) ¡Y usted, á mi sobrina!

GREG. (Dando el brazo á Adriana.) ¡Tengo sumo gusto...!

CAPITAN. ¡Al salón, al salón!

ESCENA X

DICHOS; NARCISO, por el foro derecha.

Sale tarareando, de frac y corbata blanca, con un gran clavel en el ojal, y acabando de ponerse los guantes.

NARCISO. ¡Larán, larón!... ¡Señoras... caballeros! (Se acerca rápidamente, encontrándose cara á cara con el Capitán.) (¡El Capitán!) (Queda inmóvil y cuadrado.)

CAPITAN. ¡Qué veo!

GREG. (¡El trueno gordo!)

CAPITAN. ¿Usted? ¿Es usted...?

NARCISO. No, señor.

CAPITAN. ¿Cómo que no?

NARCISO. Digo... si, señor.

CAPITAN. ¿Qué significa esto? ¿Qué hace usted aquí?

NARCISO. No puedo explicármelo.

CAPITAN. ¿Por qué ha venido usted á este baile?

NARCISO. Porque no creí nunca encontrármelo á usted.

CAPITAN. ¡Alabo la franqueza!

MARIA. Capitán, yo he tenido la culpa.

GREG. Y yo tambien, mi Capitán.

MARIA. Él no quería venir.

GREG. Antes le hubieran arrancado el pellejo.

MARIA. Pero yo le dije: ¡Anda, Narciso mío, acompáñame! ¿Quién va á saberlo por una noche? Te escurres sin que nadie lo observe...

GREG. Y se la damos al Capitán.

CAPITAN. ¿Eh?

GREG. No: quiero decir que... (¡Metí la patita!)

CAPITAN. ¡Basta! En este momento es usted mi huésped, y le perdono.

NARCISO. ¡Oh, dicha!

MARIA. ¡Cuánta bondad!

GREG. ¿Lo ves? ¡Si este Capitán no tiene precio!

CAPITAN. Pero mañana, cuando ingrese usted en el cuerpo, sufrirá dos días de calabozo.

NARCISO. ¡Caracoles!

GREG. (¡Me carga el Capitán este!)

MARIA. (¡Pues vaya una gracia!)

CAPITAN. ¡Adentro, señores, adentro!

ADRIANA. ¡Sí, sí! ¡Vamos, vamos!

NARCISO. (¡Qué perspectiva tan agradable!) (Vanse por el foro de la izqnierda.)

ESCENA XI

EL CAPITÁN; luego AUGUSTO y UN CRIADO

CAPITAN. ¡Pobre muchacho! La verdad es que también yo fuí joven y cometí pecadillos semejantes. Recuerdo una noche, antes de ser Oficial... salgo sin permiso del cuartel y me encajo en un baile, tropezando, á los cinco minutos, con mi capitán. Éste me mira fijamente, y exclama: ¡Yo conozco esa cara! ¡Usted forma parte de mi compañía! ¿Cómo se llama usted? Campistrol, contesto imperturbable, como podría haber dicho cualquier otro nombre. ¿Campistrol? Entonces, no es usted. Nadie se llama Campistrol en ella, y dando media vuelta, se marchó tan tranquilo.

CRIADO. (Por el foro de la derecha.) ¡Mi Capitán!

CAPITAN. ¿Qué quieres?

CRIADO. Un caballero, que aguarda ahí fuera, pregunta si puede pasar.

CAPITAN. ¿Te ha dicho su nombre?

CRIADO. Sí, señor. Se llama Florimont.

CAPITAN. ¿Florimont? Que pase en seguida. (Vase el criado.) ¿Y qué le digo yo á este hombre?

ESCENA XII

DICHOS y AUGUSTO

AUG. (Me parece que llego algo tarde.) ¡Caballero...!

CAPITAN. ¡Champignol!

AUG. ¡El Capitán! (Se cuadra.)

CAPITAN. ¿Usted aquí?

AUG. No, señor.

CAPITAN. ¿Cómo que no? ¡Todos dicen que no!

AUG. Digo... sí, señor.

CAPITAN. ¿Pero es este el cuartel? ¿Qué significa esto?

AUG. (Pues, señor, ya no es posible disimular.) Significa, Capitán, que yo no soy Champignol.

CAPITAN. ¡Hombre! ¿De veras? ¡Qué demonio! ¿Y quién es usted?

AUG. Yo soy Florimont.

CAPITAN. ¡No he visto audacia mayor en toda mi vida!

AUG. ¿Cómo?

CAPITAN. Conozco la farsa: la inventé yo mismo hace años. Encuentra uno á su Capitán, y da un nombre cualquiera... Sólo que para eso es necesario no ser tan conocido de su Capitán como lo es usted.

AUG. Ninguna explicación puedo dar á usted por ahora con respecto á lo ocurrido, pero repito que soy Florimont.

CAPITAN. ¡Y dale! Hablé con usted en su casa; luego entró usted en mi regimiento; después empezó ha hacer mi retrato... ¡Y quière usted negarme aún que es Champignol, el pintor Champignol, el territorial de mi compañía!

AUG. Lo niego en absoluto.

CAPITAN. ¿De modo que es usted Florimont?

AUG. Sí, señor.

CAPITAN. Pues ha tenido usted muy poco pesqui para elegir ese nombre. Porque Florimont existe, ¿sabe usted? Y vendrá aquí esta noche, ¿está usted? Y vendrá para casarse con mi sobrina, ¿comprende usted? Pero no se casará, ¿entiende usted?

AUG. ¿Con su sobrina?

CAPITAN. Sí tal. Con Adriana.

AUG. (Cómo? Adriana es su sobrina?) Y por qué no se casará?

CAPITAN. Porque mi sobrina ama á otro, mucho más guapo sin duda que ese Florimont, y yo no quiero que se contraríe su voluntad.

AUG. ¿Es posible?

CAPITAN. Y en cuanto esta noche se presente aquí ese caballero, me apresuraré á comunicarle la noticia.

AUG. Pues desde ahora le acuso á usted recibo de ella, porque ese caballero soy yo.

CAPITAN. ¡Y vuelta!

AUG. Repito que padece usted un error. Que yo soy Florimont, y que si usted tiene un Champignol en su regimiento, allí estará.

CAPITAN. ¡Me asombra su osadía! ¿Habré sido, por ventura, víctima de un engaño? Ahora lo veremos. (Se sienta y escribe.) «Teniente Ledoux: ordene usted al territorial Champignol que venga aquí inmediatamente para un asunto del servicio.» (Cerrando la carta.) ¡Aguarde usted! ¡Aguarde usted un poco!

AUG. (¿Qué pretenderá hacer?)

CAPITAN. (Toca el timbre y sale un criado.) Lleve usted esta carta á su destino. (Vase el criado.) (¡Así sabremos la verdad!) ¿Insiste usted en asegurar que no es Champignol?

AUG. ¡Y tanto como insisto!

ESCENA XIII

DICHOS; CARLOTA, luego NARCISO y MARÍA

CARL. (Sale con una bandeja y refrescos por la izquierda, segundo término, y ve á Augusto.) ¡El señorito Champignol!

CAPITAN. ¡Otra! ¡La criada! ¡Su antigua criada de París!

AUG. (¡Malhaya tu estampa!)

CARL. ¿Cómo está usted, señorito?

AUG. ¡Déjeme usted en paz!

CARL. (Marchándose por la derecha.) Que usted lo pase bien. Estimando.

NARCISO. (Saliendo por la segunda de la izquierda con María.) ¡Mira, mira! (Señalando á Augusto.) ¡Champignol!

MARIA. ¡Champignol! ¡Nuestro primo! (Se abrazan.)

CAPITAN. ¿Digo, eh? ¡Hasta la familia lo reconoce!

AUG. (¡Todo el mundo se halla en esta casa!)

NARCISO. No esperaba encontrarte aquí, primo mío.

AUG. ¡Vaya usted al demonio!

NARCISO. ¿Eh? ¿Qué diablos le ocurre?

CAPITAN. ¿Y ahora, qué dice usted?

AUG. Lo que dije antes. ¡Lo mismo!

CAPITAN. Pues no se empeña en asegurarme que se llama Florimont, en vez de Champignol.

NARCISO. ¿De veras? ¡Já, já, já!

MARIA. ¡Vaya una broma! ¡Já, já, já!
NARCISO. ¡Tú estás malo, primito!
CAPITAN. Eso es lo que empiezo á temer.

ESCENA XIV

DICHOS; GREGORIO y ANGELA, por el foro izquierda.

GREG. ¿De modo, que viniste á esta casa...?
ANGELA. Ya se lo he dicho á usted. Para pedir al Capitán que levante el arresto á mi marido.
GREG. (Viendo á Augusto.) Míralo. Allí lo tienes.
ANGELA. (¡Augusto!)
AUG. (¡Ella aquí también! Pero en esta casa me persigue todo el mundo.)
CAPITAN. Á propósito: ¡Acérquese usted, señora!
GREG. (A Angela.) ¡Anda! Dale las gracias. Sin duda lo ha puesto ya en libertad.
CAPITAN. Tenga usted la bondad de decirnos si este caballero es su marido.
ANGELA. (Delante del tío no puedo negar.) ¡Naturalmente, Champignol! ¡Ya le conoce usted!
CAPITAN. Es que aquí, donde usted le ve, acaba de jurarme que no es Champignol, sino Florimont.
ANGELA. (A Augusto.) ¡Torpe!
AUG. ¿Eh?
ANGELA. ¿Dice eso?
GREG. ¡Qué atrocidad! (Todos ríen de la broma.)
ANGELA. ¡Pobrecito mío! ¡Le volvió el vértigo!
AUG. ¿El vértigo?
TODOS. ¿El vértigo? (Quedan muy serios.)
ANGELA. Ya no hay medio de ocultárselo á ustedes. Efecto del excesivo trabajo mental que desde hace años le embarga, sufre de vez en cuando alucinaciones extrañas.
AUG. ¿Yo?
ANGELA. Á veces, su razón se extravía, y cree que no es el mismo. Por fortuna, las crísis son rápidas y pasajeras.

AUG. (¡Qué modo de mentir!)

CAPITAN. ¡Ah! ¡Vamos! ¡Todo se explica ahora!

NARCISO. ¡Pobre primo!

GREG. ¡Tan joven y ya chiflado!

AUG. ¡Vive el cielo!

TODOS. (Retrocediendo un poco, muy asustados) ¡Ah!

ANGELA. ¡Calma, esposo mío, calma! (Aparte.) No lo niegue usted.

CAPITAN. ¿Quiere usted que llamemos al físico?

ANGELA. No hay necesidad; repito que eso pasa pronto.

AUG. (¡Me toman por loco, no hay remedio!)

CAPITAN. ¡Y yo que acabo de mandar al cantón por Champignol!

ANGELA. ¿Eh? ¿Qué dice usted?

AUG. (¡Zapateta!)

CAPITAN. Como afirmaba tan serio que era Florimont, ordené que le condujeran aquí para cerciorarme definitivamente.

ANGELA. (¡Cielos! ¡Van á traer á mi marido!)

AUG. (Veo en lontananza otra paliza.)

CAPITAN. Creo que debemos dejarlos solos un momento.

ANGELA. ¡Sí, sí! Es lo mejor.

CAPITAN. Lo importante es que pase la crisis.

GREG. ¡Infeliz sobrino!

MARIA. ¡Desgraciado joven!

NARCISO. ¡Qué lástima de muchacho! (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA XV

AUGUSTO y ANGELA

ANGELA. ¡Es usted un torpe! ¡Un mentecato!

AUG. Poco á poco, señora.

ANGELA. ¿A quién se le ocurre negar lo que todos afirman?

AUG. ¿Y quién había de figurarse que todos ustedes se hallaban en esta casa, incluso el Capitán? Yo vine como Florimont; es decir, como quien soy, creyendo encontrarme sólo, sin familia, sin esposa y sin Champignol alguno. ¡Y es claro! ¡Confesé la verdad! Volví á ocu-

par mi piel. ¡Creo que tengo derecho á ocupar mi piel!

ANGELA. ¡Y por culpa de usted van á conducir aquí á mi marido!

AUG. ¡Eso solo faltaba!

ANGELA. ¿Qué hacemos ahora?

AUG. Usted hará lo que quiera, pero yo me marcho á la calle.

ANGELA. ¿Me abandona usted en la ocasión crítica?

AUG. ¡No señora! Lo que hago es evitar que su esposo me dé otra tunda.

ANGELA. Y todo por querer salvarle. Por impedir que le formaran causa.

AUG. Vea usted, señora, cómo se enredan las cosas. Lo que empieza por una broma, termina á veces en tragedia.

ANGELA. ¡Si no se hubiese usted empeñado en hacerme la corte!

AUG. ¡Y usted en despreciarme!

ANGELA. Mi marido concluirá por matarle á usted.

AUG. ¡Qué bárbaro! ¡Vaya, vaya! Me marcho antes que concluya por ahí. (Se dirige al foro.)

ESCENA XVI

DICHOS; EL CRIADO, saliendo por el foro derecha.

CRIADO. Entre usted aquí. Voy á avisar al Capitán. (Vase por el foro de la izquierda.)

ANGELA. (¡Mi marido!) (A Augusto.)

AUG. (¡San Pedro Nolasco!) (Sale corriendo por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XVII

ANGELA; JULIO, por el foro izquierda, vestido con su uniforme. Aparece con el képis en la mano.

JULIO. ¿Dice usted que aguarde aquí dentro?

ANGELA. ¡Julio mío!

JULIO. ¡Mi mujer!

ANGELA. Voy á explicártelo todo.

JULIO. ¡Falsa! ¡Perjura! ¿~~Qué significa esto~~? ¿~~Qué hace usted aquí~~?

ANGELA. ~~Atiende un momento.~~

JULIO. ¡Mi cabello se eriza!

ANGELA. ¡No lo creas!

JULIO. ¿Eh?

ANGELA. No creas que soy culpable. Precisamente vine á esta casa con el propósito de revelárselo todo al Capitán. Ese hombre me hacía la corte.

JULIO. ¡El Capitán! ¡Y van dos!

ANGELA. ¡No! Florimont. Augusto Florimont. El que usurpó tu nombre.

JULIO. ¡Habla! Cuéntamelo todo. (Ahora veremos si ambos concuerdan.)

ANGELA. Te juro que lo hice todo por salvarte.

JULIO. ¡Ah! ¿Fué por salvarme?

ANGELA. Ese hombre tuvo anteayer el atrevimiento de presentarse en casa.

JULIO. ¡Ah, pillo! ¡Como le eche la vista encima!

ANGELA. ¡Figúrate mi indignación! Ya iba á marcharse confuso y avergonzado, cuando aparecen de pronto dos gendarmes para prenderte por prófugo... por desertor; debías, según dijeron, sufrir un gran castigo, porque tu falta era gravísima. ¿Qué hacer? Yo no sabía cómo avisarte en aquel momento, y se me ocurrió una atrevida idea. Con ella pensaba salvarte y castigar al propio tiempo la audacia de mi galanteador.

JULIO. (Lo mismo me dijo el otro. ¡~~Ay! ¡Respiro!~~) ¿Y qué idea fué la tuya?

ANGELA. ¿Buscan ustedes á mi marido? exclamé: Pues bien: Champignol no se ha fugado. ¡Este es Champignol!

JULIO. (Muy contento.) (¡Lo mismo, lo mismo!)

ANGELA. Florimont quiso protestar, pero fué inútil. No tuvo más remedio que seguir á los gendarmes y ocupar tu puesto en el cantón. Allí fuí esta tarde para suplicarle

que no te denunciase, pues yo ignoraba tu regreso. Naturalmente, me creyeron su esposa, y cuando iba á marcharme á París, me sorprendió tu presencia. Entonces pensé contártelo todo; pero ya sabes que no hubo tiempo, porque te encerraron en el calabozo. Si he sido culpable, despréciame, mátame si quieres, pero no dudes de mi virtud ni de mi cariño. (Llorando.)

JULIO. ¡No, esposa mía! Lo leo en tus ojos, en tu semblante. ¡Pero á ese pillo lo mato! ¡Si supieras lo que me dijeron esta tarde!

ANGELA. ¿Esta tarde?

JULIO. ¡Sí, en el cantón! Que á la mujer de Champignol la abrazaba un territorial y la llamaba ¡vida mía!

ANGELA. ¡Calle! ¡Pues es verdad!

JULIO. ¿Cómo verdad?

ANGELA. ¿No te acuerdas? Pero, hombre, ¡si fuiste tú!

JULIO. ¡Animal! (Dándose una palmada en la cabeza.)

ANGELA. ¿No oyes que todo el mundo cree que Florimont es Champignol?

JULIO. ¿Lo cree todo el mundo?

ANGELA. Hasta mi tío Gregorio y su hija, y su yerno, que es reservista, y que, no habiéndote visto nunca, le tomaron también por tí.

JULIO. ¿Y á qué vengo á esta casa? ¿Por qué me han sacado del calabozo?

ANGELA. Porque Florimont, que debía ser presentado esta noche á su joven prometida, acaba de enredarlo todo.

JULIO. ¡Ah! ¿Se casa Florimont?

ANGELA. Con Adriana, la sobrina del Capitán. Pero él ignoraba que fuese su sobrina.

JULIO. ¡Ah! ¿Él ignoraba...?

ANGELA. Y hace un momento, vino aquí muy tranquilo, encontrándose cara á cara con el Capitán, el cual... es claro, reconoció á Champignol.

JULIO. Naturalmente.

ANGELA. Y como Augusto insistía en ser Augusto diciendo que

tú eras el otro, el Capitán mandó traer al otro, á ver si el otro no era el otro.

JULIO. ¡Pues vaya un lío!

ANGELA. Si descubrimos ahora el enredo, tendrás que sufrir las consecuencias de tu falta, y se moverá un escándalo inevitable.

JULIO. ¡Demonio! ¡Calla! ¡Soberbia idea! Déjame hacer: nadie sabrá nada, y me vengaré á mi vez de ese nuevo Tenorio.

ANGELA. ¿Qué has resuelto?

JULIO. Ya lo verás.

ANGELA. ¡Silencio! ¡Se acercan!

JULIO. ¡No me contradigas!

ESCENA XVIII

DICHOS; EL CAPITÁN, GREGORIO, AUGUSTO, CELESTINO, NARCISO, MARÍA y ADRIANA, por el foro izquierda.

CAPITAN. (Saliendo el primero é invitando á los otros.) ¿Que está aquí Champignol? Pero, ¿en qué quedamos? ¡A ver, vengan ustedes!

AUG. (¡No me llega la camisa al cuerpo!)

CAPITAN. (A Julio.) ¿Es usted la persona que mandé á buscar al cantón?

JULIO. La misma; sí, señor.

CAPITAN. ¿Luego entonces es Champignol?

TODOS. (Menos Augusto.) ¡No, señor! ¡Qué ha de ser!

AUG. (¡Adios mi dinero!)

CAPITAN. ¿Cómo se llama usted?

JULIO. ¿Yo? ¡Florimont! (Mirando á Augusto.)

AUG. ¿Eh?

TODOS. (Menos Angela.) ¿Florimont?

ANGELA. (¡Ya adivino!)

JULIO. ¡Cabal! Augusto Florimont.

CAPITAN. ¡Acabáramos!

JULIO. Apelo al testimonio de este caballero. (Por Augusto.) ¿Verdad, amigo mío, que me conoce usted lo bastante para poder afirmarlo?

AUG. ¿Yo?

JULIO. (Aparte á Augusto.) ¡Afirme usted, ó lo ahogo!

AUG. ¡Es Florimont! ¡No me cabe duda!

GREG. ¡Vamos! ¡Recobró el juicio!

JULIO. (Al Capitán.) Ya lo oye usted.

CAPITAN. Pero entonces, ¿cómo le han mandado á usted aquí desde el cantón? Yo pedí á Champignol.

JULIO. Fué un error, ~~Capitán~~, del cabo de guardia. Precisamente, acababa yo de llegar, preguntando también por Champignol, con quien tenía que arreglar cierto negocio, y sin duda, me confundió con él. Mi presencia aquí obedece á una causa que usted no ignora.

CAPITAN. ¡Sí, sí! (¡Demonio! No sé cómo decirle...)

JULIO. Yo debía ser presentado esta noche á cierta señorita...

CAPITAN. ¡Mi sobrina! Es verdad.

JULIO. Pero imprevistos y poderosos motivos me impiden cumplir á ustedes mi palabra.

CAPITAN. ¿Cómo?

AUG. (¿Qué dice?)

JULIO. Y aunque mucho lo siento, renuncio desde ahora á la mano de su sobrina.

CAPITAN. ¡Hombre, le felicito á usted!

ADRIANA. ¡Qué gusto!

AUG. (¡Me quitó la novia!)

CAPITAN. Precisamente, no sabía cómo diablos insinuarle que ella había renunciado á usted mucho antes.

GREG. Pues no han podido simpatizar más.

JULIO. Y ahora permítame usted advertirle que al salir del cantón preguntaban por Champignol, á quien creo que que habían impuesto un día de calabazo.

CAPITAN. (A Augusto.) ¿También esa? ¿Y se atreve usted á presentarse aquí? ¡Vaya usted allá en seguida! La ordenanza es lo primero.

AUG. Sin embargo...

JULIO. (Aparte á Augusto.) Cuidadito, ¿eh?

AUG. ¡Sí, señor! Me voy al cantón, y cumpliré en él mis trece días. (~~Justo castigo á mi perversidad.~~)

ANGELA. Pues entonces, maridito mío, nos despediremos... por ahora. Me marcho en seguida á París, y desde mañana me ocuparé de nuestro viaje á Italia.

GREG. ¿Cómo? ¿Te marchas á Italia?

ANGELA. En cuanto acabe su servicio. Tiene que terminar en Venecia un famoso cuadro que acaban de encargarle.

GREG. ¡Hola, hola! ¿Y qué representa? ¿Es quizás el puente de los suspiros?

AUG. ¡No, señor, no! Los suspiros solo, sin puente.

ANGELA. Por lo cual, querido tío, ya no nos volveremos á ver. Ustedes, desde aquí, se irán al pueblo... ¿verdad?

GREG. De donde es probable que no salgamos nunca. Ya sabes que no me gustan los viajes.

ANGELA. (Dando la mano á todos.) ¡Adiós, tío! ¡Adiós, prima mía!

MARIA. ¿Pero te retiras ya?

CAPITAN. ¿Tan pronto?

ANGELA. ¡Sí! ¡Sí! No es cosa de tomar el último tren.

CAPITAN. ¿Y se marcha usted sola?

JULIO. Dispense usted. Yo también voy á París y tendré sumo gusto... Digo, no sé si debo... (A Augusto.) ¿Me permite usted que acompañe á su esposa? Lo haré con verdadera complacencia.

AUG. ¡Y cómo no!... (Me están tomando el pelo á dúo.)

ANGELA. (A Julio.) Ya que es usted tan amable, acepto desde luego su ofrecimiento. ¡Señores, muy buenas noches!

NARCISO. ¡Adiós, prima!

TODOS. ¡Adiós!

ANGELA. (Al público.) Y si ustedes, al partir,
me dan su aplauso sincero,
con mi esposo... el verdadero,
no tendré más que sentir.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE PINA DOMINGUEZ

¡No me siga usted! comedia original en un acto.
El viejo Telémaco, zarzuela original en dos actos.
Sensitiva, zarzuela original en dos actos.
El violinista, zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero! zarzuela en un acto.
La vida en un tris, zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo, comedia en un acto.
Descarga de artillería, comedia original en un acto.
Por huir del vecino, juguete cómico original en un acto.
Pirlimpimpin 1.°, zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola, zarzuela en dos actos.
Se dan casos, zarzuela original en un acto.
Un nuevo Quintiliano, comedia original en un acto.
La copa de plata, zarzuela en dos actos.
Lo sé todo, juguete cómico en dos actos.
Fausto, parodia en dos actos (de la ópera.)
La casa de locos, zarzuela original en un acto.
Dar en el blanco, comedia original en tres actos.
Me es igual, juguete cómico original en un acto.
El forastero, juguete cómico original en tres actos.
El fogón y el ministerio, juguete cómico en un acto.
¡Valiente amigo! juguete en dos actos.
La ley del mundo, comedia en tres actos.
Las cerezas, juguete cómico original en tres actos.
Compuesto y sin novia, zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya, juguete cómico original en tres actos.
La dulce alianza, juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año, revista original en un acto.
Los dominós blancos, comedia en tres actos.
El año sin juicio, revista original.
Cambiar de colores, comedia en un acto.
El doctor Ox, zarzuela en tres actos y seis cuadros.
Los madriles, zarzuela original en dos actos.
Amapola, zarzuela cómica en tres actos.
El chiquitín de la casa, comedia en tres actos.
El empresario de Valdemorillo, zarzuela original en dos actos.
(Segunda parte de Los Madriles.)

DELAN M. ALLEN
CO. 2000